

BIBLIOTECA
DE
CLÁSICOS
AMENOS

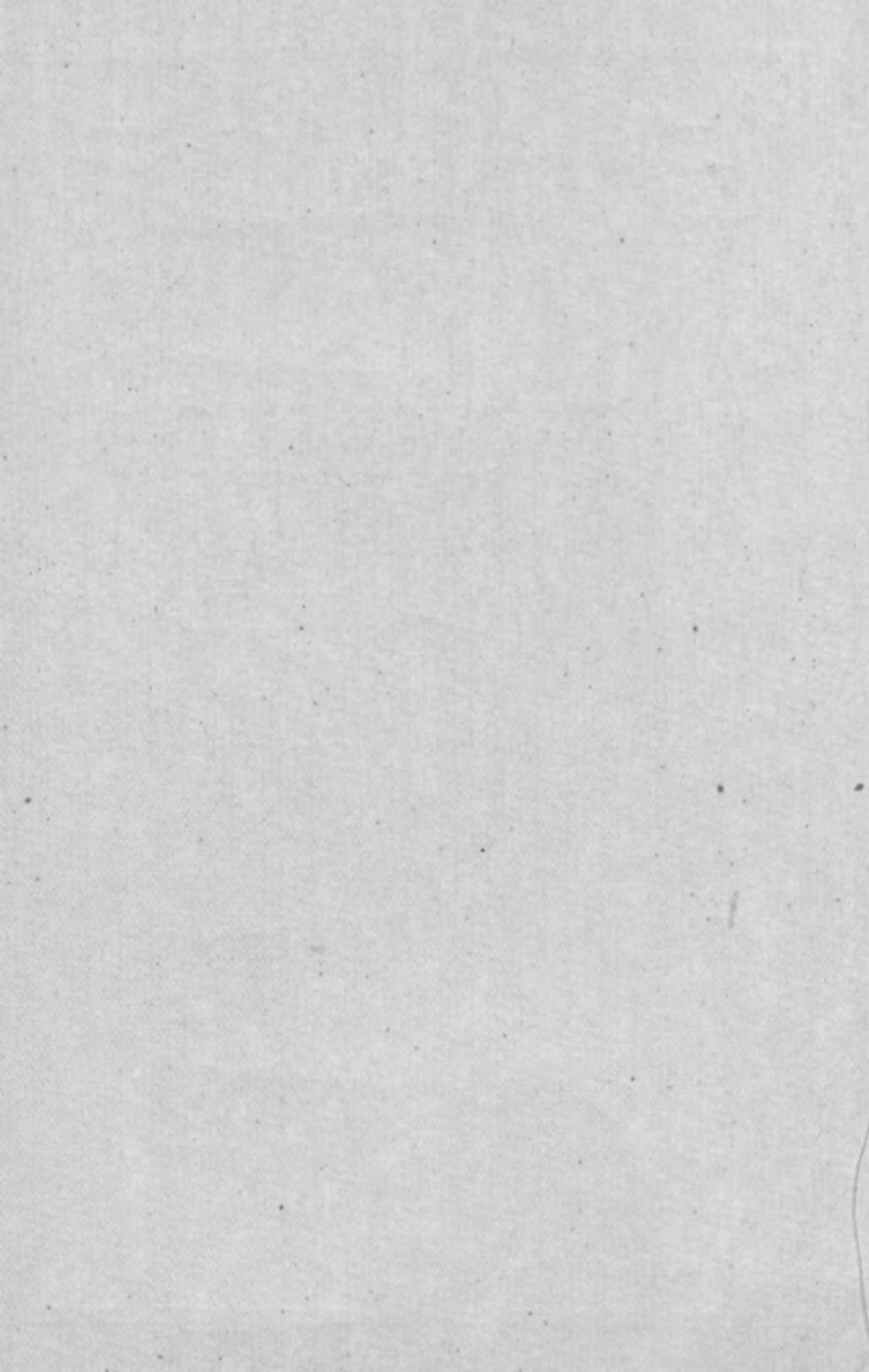
HISTORIA DEL ABENCERRAJE
Y DE LA HERMOSA JARIFA

y

ROMANCES FRONTERIZOS

✂

EDITORIAL
RAZÓN
Y
FE

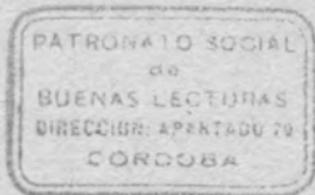


DG
GM

Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa



Romances fronterizos



Biblioteca de Clásicos Amenos

Las mejores y más variadas obras de toda
nuestra literatura

TOMOS PUBLICADOS

- I.—EL LAZARILLO DE TORMES, Anónimo, e HISTORIA Y VIDA DEL BUSCON, Francisco de Quevedo.—*Novelas picarescas.*
- II.—LA VIDA ES SUEÑO y EL ALCALDE DE ZALAMEA, Calderón de la Barca.
- III.—LA GITANILLA y RINCONETTE Y CORTADILLO, Cervantes.—*Novelas ejemplares.*
- IV.—POESIAS, de Fray Luis de León.
- V y VI.—LUCHA ESPIRITUAL Y AMOROSA ENTRE DIOS Y EL ALMA, Fray Juan de los Angeles.
- VII.—EL CONDE LUCANOR, Don Juan Manuel.—*Colección de cuentos.*
- VIII.—LA QUINTA ANGUSTIA, Juan de Timoneda, y PASOS, de Lope de Rueda.
- IX.—HISTORIA DEL ABENCERRAJE Y DE LA HERMOSA JARIFA y ROMANCES FRONTERIZOS.
- X.—DIA GRANDE DE NAVARRA y CARTAS DE JUAN DE LA ENCINA, Padre José Francisco de Isla.

TOMOS EN PREPARACIÓN

Se publicarán periódicamente, y conservando el ciclo que asegura la *variedad y amenidad* de esta Biblioteca, obras de Cervantes, Lope de Vega, Quevedo, Fray Luis de Granada, Tirso de Molina, Timoneda, el Arcipreste de Talavera, Alarcón, Beato Orozco, Eguílaz, Padre Isla, Bretón de los Herreros, Zorrilla, Becquer, etc. Obras de todos los géneros literarios y de todos los tiempos de nuestra literatura; piadosas y de entretenimiento, en prosa y verso, novelas, cuentos, dramas: en una palabra,

**Lo más selecto y ameno de nuestros
mejores clásicos**

BIBLIOTECA DE CLASICOS AMENOS

Historia del Abencerraje
y de
la hermosa Jarifa

—
Primera edición
—



Editorial "RAZON Y FE"
Plaza de Santo Domingo, 14.-Apartado 8.001
Madrid

Con licencia Eclesiástica.

IMP. ALDECOA, S. A. ZURBANO, 68. MADRID.

NOTA AL LECTOR

La Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa es una lindísima novelita fronteriza en que se narra uno de tantos episodios como ocurrieron en los azares de la reconquista de España. Lo afectuoso y sencillo de la narración es la nota más característica de este relato que debió ser muy popular entonces, ya que su asunto se encuentra en una Crónica del Infante don Fernando, el que ganó Antequera, en multitud de romances artísticos, y es aludida en otras obras más, entre ellas el Quijote.

Suele atribuirse a Antonio Villegas porque aparece en su Inventario que fué editado en 1565 y contiene varias composiciones, canciones y coplas y la novelita de carácter pastoril Ausencia y soledad de amor, además de la que nos ocupa. Con todo prevalece la opinión de que no es Villegas el autor de esta narración de delicadeza no superada ni por Lope en su comedia de moros y cristianos El remedio en la desdicha, ni por otras obras de carácter fronterizo entre las que puede considerarse como prototipo la que en las siguientes páginas ofrecemos.

Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa

Dice el cuento, que en tiempo del infante don Fernando, que ganó a Antequera, fué un caballero que se llamó Rodrigo de Narváez, notable en virtud y hechos de armas. Este, peleando contra moros, hizo cosas de mucho esfuerzo, y particularmente en aquella empresa y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria: sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo (por serle tan natural y ordinario) que le parece que cuanto se puede hacer es poco: no como aquellos romanos y griegos, que al hombre que se aventuraba a morir una vez en toda la vida, le hacían en sus escritos inmortal y le trasladaban a las estrellas. Hizo, pues, este caballero tanto en servicio de su ley y de su rey, que después de ganada la villa, le hizo alcaide della, para que, pues había sido tanta parte en ganalla, lo fuese en denfedella. Hízole también alcaide de Alora; de suerte que tenía a cargo ambas fuerzas, repartiendo el tiempo en ambas partes, y acudiendo siempre a la mayor necesidad. Lo más

ordinario residía en Alora, y allí tenía cincuenta escuderos hijosdalgo, a los gajes del rey, para la defensa y seguridad de la fuerza; y este número nunca faltaba, como los inmortales del rey Darío, que en muriendo uno ponía otro en su lugar. Tenían todos ellos tanta fe y fuerza en la virtud de su capitán, que ninguna empresa se les hacía difícil; y así no dejaban de ofender a sus enemigos y defenderse dellos, y en todas las escaramuzas que entraban, salían vencedores, en lo cual ganaban honra y provecho, de que andaban siempre ricos. Pues una noche acabando de cenar, que hacía el tiempo muy sosegado, el alcaide dijo a todos ellos estas palabras:

—Paréceme, hijosdalgo, señores y hermanos míos, que ninguna cosa despierta tanto los corazones de los hombres, como el continuo ejercicio de las armas, porque con él cobra experiencia en las propias, y se pierde miedo a las ajenas. Y desto no hay para qué yo traiga testigos de fuera; porque vosotros sois verdaderos testimonios. Digo esto, porque han pasado muchos días que no hemos hecho cosa que nuestros nombres acrecienta, y sería yo de dar mala cuenta de mí y de mi oficio, si teniendo a cargo tan virtuosa gente y valiente compañía dejase pasar el tiempo en balde. Paréceme (si os parece), pues la claridad y seguridad de la noche nos convida, que será bien dar a entender a nuestros enemigos, que los valedores de Alora no duermen.

Yo os he dicho mi voluntad, hágase lo que os pareciere.

Ellos respondieron que ordenase, que todos le seguirían. Y nombrando nueve dellos los hizo armar: y siendo armados, salieron por una puerta falsa que la fortaleza tenía, por no ser sentidos, y porque la fortaleza quedase a buen recaudo. Y yendo por su camino adelante, hallaron otro que se dividía en dos. El alcaide les dijo:—Ya podría ser que yendo todos por este camino se nos fuese la caza por este otro. Vosotros cinco os id por el uno, yo con estos cuatro me iré por el otro; y si acaso los unos toparen enemigos que no basten a vencer, toque uno su cuerno, y a la señal acudirán los otros en su ayuda.

Yendo los cinco escuderos por su camino adelante, hablando en diversas cosas, el uno dellos dijo:—Tenéos, compañeros, que o yo me engaño, o viene gente—. Y metiéndose entre una arboleda que junto al camino se hacía, oyeron ruido; y mirando con más atención vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano: él era grande de cuerpo, y hermoso de rostro, y parecía muy bien a caballo. Traía vestida una marlota de carmesí, y un albornoz de damasco del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traía el brazo derecho regazado, y labrado en él una hermosa dama, y en la mano una gruesa lanza de dos hierros. Traía una adarga y cimitarra, y en la cabeza una toca tunequí, que dándole muchas vueltas por ella,

le servía de hermosura y defensa de su persona. En este hábito venía el moro, mostrando gentil continente, y cantando un cantar que él compuso en la dulce memoria de sus amores, que decía:

“Nascido en Granada,
criado en Cártama,
enamorado en Coín,
frontero de Alora.”

Aunque a la música faltaba el arte, no faltaba al moro contentamiento; y como traía el corazón enamorado, a todo lo que decía daba buena gracia. Los escuderos, transportados en verle, erraron poco de dejarle pasar, hasta que dieron sobre él. El, viéndose saltado, con ánimo gentil volvió por sí, y estuvo por ver lo que harían. Luego, de los cinco escuderos los cuatro se apartaron, y el uno le acometió; mas como el moro sabía más de aquel menester, de una lanzada dió con él y con su caballo en el suelo. Visto esto, de los cuatro que quedaban, los tres le acometieron, pareciéndoles muy fuerte: de manera que ya contra el moro eran tres cristianos, que cada uno bastaba para diez moros, y todos juntos no podían con este solo. Allí se vió en gran peligro, porque se le quebró la lanza, y los escuderos le daban mucha priesa; mas, fingiendo que huía, puso las piernas a su caballo, y arremetió al escudero que derribara; y como una ave se colgó de la silla y le tomó su lanza, con la cual

volvió a hacer rostro a sus enemigos, que le iban siguiendo pensando que huía, y dióse tan buena maña que a poco rato tenía de los tres los dos en el suelo. El otro que quedaba, viendo la necesidad de sus compañeros, tocó el cuerno y fué a ayudarlos. Aquí se trabó fuertemente la escaramuza, porque ellos estaban afrentados de ver que un caballero les duraba tanto, y a él le iba más que la vida en defenderse dellos. A esta hora le dió uno de los escuderos una lanzada en un muslo, que a no ser el golpe en soslayo se le pasara todo. El, con rabia de verse herido, volvió por sí y dióle una lanzada que dió con él y con su caballo muy mal herido en tierra.

Rodrigo de Narváez, barruntando la necesidad en que sus compañeros estaban, atravesó el camino, y como traía mejor caballo se adelantó; y viendo la valentía del moro quedó espantado, porque de los cinco escuderos tenía a los cuatro en el suelo, y el otro casi al mismo punto. El le dijo:—Moro, vénte a mí, y si tú me vences, yo te aseguro de lo demás—. Y comenzaron a trabar brava escaramuza; mas como el alcaide venía de refresco, y el moro y su caballo estaban heridos, dábale tanta priesa, que no podía mantenerse; mas, viendo que en sola esta batalla le iba la vida y contentamiento, dió una lanzada a Rodrigo de Narváez, que a no tomar el golpe en su adarga le hubiera muerto. El, en recibiendo el golpe, arremetió a él, y dióle una herida en el brazo derecho, y cerrando luego con él

le trabó a brazos, y sacándole de la silla, dió con él en el suelo. Y yendo sobre él, le dijo:—Caballero, date por vencido, si no, matarte he. Matarme bien podrás—dijo el moro—que en tu poder me tienes; mas no podrá vencerme sino quien una vez me venció—. El alcaide no paró en el misterio con que se decían estas palabras, y usando en aquel punto de su acostumbrada virtud, le ayudó a levantar, porque de la herida que le dió el escudero en el muslo, y de la del brazo, aunque no eran grandes, y del gran cansancio y caída quedó quebrantado, y tomando de los escuderos aparejo, le ligó las heridas; y hecho esto, le hizo subir en un caballo de un escudero, porque el suyo estaba herido, y volvieron el camino de Alora.

Y yendo por él adelante hablando en la buena disposición y valentía del moro, él dió un grande y profundo suspiro, y habló algunas palabras en algarabía que ninguno entendió. Rodrigo de Narváez iba mirando su buen talle y disposición: acordábase de lo que le vió hacer; y parecíale que tan gran tristeza en ánimo tan fuerte no podía proceder de sola la causa que allí parecía. Y por informarse dél, le dijo:

—Caballero, mirad que el prisionero que en la prisión pierde el ánimo, aventura el derecho de la libertad. Mirad que en la guerra los caballeros han de ganar y perder; porque los más de sus trances están sujetos a la fortuna; y parece flaqueza que quien hasta aquí ha dado tan buena muestra de su

esfuerzo, la dé agora tan mala. Si sospiráis del dolor de las llagas, a lugar vais do seréis bien curado; si os duele la prisión, jornadas son de guerra a que están sujetos cuantos la siguen. Y si tenéis otro dolor secreto, fiadle de mí, que yo os prometo como hijodalgo de hacer, por remediarle, lo que en mí fuere.

El moro, levantando el rostro, que en el suelo tenía, le dijo: —¿Cómo os llamáis, caballero, que tanto sentimiento mostráis de mi mal?

El le dijo: —A mí llaman Rodrigo de Narváez, soy alcaide de Antequera y Alora.

El moro, tornando el semblante algo alegre, le dijo: —Por cierto agora pierdo parte de mi queja; pues ya que mi fortuna me fué adversa, me puso en vuestras manos, que aunque nunca os vi sino agora, gran noticia tengo de vuestra virtud, y experiencia de vuestro esfuerzo; y porque no os parezca que el dolor de las heridas me hace sospirar, y también porque me parece que en vos cabe cualquier secreto, mandad apartar vuestros escuderos, y hablaros he dos palabras.

El alcaide los hizo apartar, y quedando solos, el moro, arrancando un gran suspiro, le dijo: —Rodrigo de Narváez, alcaide tan nombrado de Alora, está atento a lo que te dijere, y verás si bastan los casos de mi fortuna a derribar un corazón de un hombre cautivo: a mí llaman Abindarráez el Mozo, a diferencia de un tío mío, hermano de mi padre, que tiene el mismo nombre. Soy de los Abencerra-

jes de Granada, de los cuales muchas veces habrás oído decir; y aunque me bastaba la lástima presente, sin acordar las pasadas, todavía te quiero contar esto: Hubo en Granada un linaje de caballeros, que llamaban los Abencerrajes, que eran la flor de todo aquel reino; porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposición y gran esfuerzo, hacían ventaja a todos los caballeros, y muy amados y quisotos de la gente común. En todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, y en todos los regocijos de caballería se señalaban. Ellos inventaban las galas y los trajes; de manera que se podía bien decir que en ejercicio de paz y de guerra eran ley de todo el reino.

Dícese que nunca hubo Abencerraje escaso ni cobarde, ni de mala disposición: no se tenía por Abencerraje el que no servía dama, ni se tenía por dama la que no tenía Abencerraje por servidor. Quiso la fortuna, enemiga de su bien, que desta excelencia cayesen de la manera que oirás. El rey de Granada hizo a dos destes caballeros, los que más valían, un notable e injusto agravio, movido de falsa información que contra ellos tuvo, y quiso decir, aunque yo no lo creo, que estos dos y a su instancia otros diez, se conjuraron de matar al rey, y dividir el reino entre sí, vengando su injuria. Esta conjuración, siendo verdadera o falsa, fué descubierta; y por no escandalizar el rey al reino, que tanto los amaba, los hizo a todos una noche degollar; porque a dilatar la injusticia, no fuera pode-

roso de hacella. Ofreciéronse al rey grandes rescates por sus vidas; mas él aun escuchallo no quiso. Cuando la gente se vió sin esperanza de sus vidas, comenzó de nuevo a llorarlos: llorábanlos los padres que los engendraron y las madres que los parieron; llorábanlos las damas a quien servian y los caballeros con quienes se acompañaban; y toda la gente común alzaba un tan grande y continuo alarido, como si la ciudad se entrara de enemigos; de manera que si a precio de lágrimas se hubieran de comprar sus vidas, no murieran los Abencerrajes tan miserablemente. ¡Ves aquí en lo que acabó tan esclarecido linaje, tan principales caballeros como en él había! ¡Considera cuánto tarda la fortuna en subir un hombre, y cuán presto le derriba! ¡cuánto tarda en crecer un árbol y cuán presto va al fuego! ¡con cuánta dificultad se edifica una casa, y con cuánta brevedad se quema! ¡cuántos podrían escarmentar en las cabezas destos desdichados, pues tan sin culpa padecieron con público pregón, siendo tantos y tales, y estando en el favor del mismo rey! Sus casas fueron derribadas, sus heredades enajenadas y su nombre dado en el reino por traidor. Resultó deste infelice caso que ningún Abencerraje pudiese vivir en Granada, salvo mi padre y un tío mío, que hallaron inocentes deste delito, a condición que los hijos que les naciesen enviasen a criar fuera de la ciudad, para que no volviesen a ella, y las hijas casasen fuera del reino.

Rodrigo de Narváez, que estaba mirando con cuánta pasión le contaba su desdicha, le dijo:

—Por cierto, caballero, vuestro cuento es extraño, y la sinrazón que a los Abencerrajes se hizo fué grande; porque no es de creer que, siendo ellos tales, cometiesen traición.

—Es como yo lo digo—dijo él—; y aguardad más y veréis cómo desde allí todos los Abencerrajes deprendimos a ser desdichados. Yo salí al mundo del vientre de mi madre, y por cumplir mi padre el mandamiento del rey, envióme a Cártama, al alcaide que en ella estaba, con quien tenía estrecha amistad. Este tenía una hija, casi de mi edad, a quien amaba más que a sí; porque, allende de ser sola y hermosísima, le costó la mujer, que murió de su parto. Esta y yo en nuestra niñez, siempre nos tuvimos por hermanos, porque así nos oíamos llamar: nunca me acuerdo haber pasado hora que no estuviésemos juntos: juntos nos criaron, juntos andábamos, juntos comíamos y bebíamos. Naciónos desta conformidad un natural amor, que fué siempre creciendo con nuestras edades. Acuérdomme que, entrando una siesta en la huerta que dicen de los Jazmines, la hallé sentada junto a la fuente, componiendo su hermosa cabeza: miréla vencido de su hermosura, y parecióme a Salmacis, y dije entre mí: “¡Oh, quién fuera Trocho para parecer ante esta hermosa diosa!” ;No sé cómo me pesó de que fuese mi hermana! Y no aguardando más, fuíme a

ella; y cuando me vió, con los brazos abiertos me salió a recibir, y sentándome junto a sí me dijo:

—Hermano, ¿cómo me dejaste tanto tiempo sola?

Yo la respondí:

—Señora mía, porque ha gran rato que os busco; nunca hallé quien me dijese do estábades, hasta que mi corazón me lo dijo; mas decidme agora: ¿qué certenidad tenéis vos de que seamos hermanos?

—Yo—dijo ella—no otra más del grande amor que te tengo, y ver que todos nos llaman hermanos.

—Y si no lo fuéramos—dije yo—, ¿quisiérasmе tanto?

—¿No ves—dijo ella—que a no serlo, no nos dejara mi padre andar siempre juntos y solos?

—Pues si ese bien me habían de quitar—dije yo—más quiero el mal que tengo.

Entonces ella, encendido su hermoso rostro en color, me dijo:

—¿Y qué pierdes tú en que seamos hermanos?

—Pierdo a mí y a vos—dije yo.

—Yo no te entiendo—dijo ella—; mas a mí me parece que sólo serlo nos obliga a amarnos naturalmente.

—A mí sola vuestra hermosura me obliga, que antes esa hermandad parece que me resfría algunas veces. Y con esto, bajando mis ojos, de empacho de lo que la dije, vila en las aguas de la fuente al propio, como ella era; de suerte que dondequiera que volvía la cabeza hallaba su imagen, y en mis entrañas la más verdadera.—Y decíame yo a mí mis-

mo (y pesárame que alguno me lo oyera): "Si yo me anegase agora en esta fuente donde veo a mi señora, ¡cuánto más disculpado moriría yo que Narciso! Y si ella me amase como yo la amo, ¡qué dichoso sería yo! Y si la fortuna nos permitiese vivir siempre juntos, ¡qué sabrosa vida sería la mía!" Diciendo esto, levantéme, y volviendo las manos a unos jazmines, de que la fuente estaba rodeada, mezclándolos con arrayán, hice una hermosa guirnalda y poniéndola sobre mi cabeza me volví a ella coronado y vencido.

Ella puso los ojos en mí (a mi parecer), más dulcemente que solía, y quitándomela, la puso sobre su cabeza. Parecióme en aquel punto más hermosa que Venus cuando salió al juicio de la manzana, y volviendo el rostro a mí, me dijo:

—¿Qué te parece agora de mí, Abindarráez?

Yo la dije:

—Páreceme que acabáis de vencer al mundo, y que os coronan por reina y señora dél.

Levantándose, me tomó por la mano y me dijo:

—Si eso fuera, hermano, no perdiérades vos nada.

Yo, sin responder, la seguí hasta que salimos de la huerta. Esta engañosa vida trujimos mucho tiempo, hasta que ya el amor, por vengarse de nosotros, nos descubrió la cautela; que como fuimos creciendo en edad, ambos acabamos de entender que no éramos hermanos. Ella no sé lo que sintió al principio de saberlo: mas yo nunca mayor contentamiento recibí, aunque después acá lo he pagado

bien. En el mismo punto que fuimos certificados de esto, aquel amor limpio y sano que nos teníamos se comenzó a dañar y se convirtió en rabiosa enfermedad, que nos durará hasta la muerte. Aquí no hubo primeros movimientos que excusar porque el principio destes amores fué un gusto y deleite fundado sobre bien; mas después no vino el mal por principios, sino de golpe y todo junto. Ya yo tenía mi contentamiento puesto en ella, y mi alma hecha a medida de la suya. Todo lo que no vía en ella me parecía feo, excusado y sin provecho en el mundo. Todo mi pensamiento era en ella. Ya en este tiempo nuestros pasatiempos eran diferentes; ya yo la miraba con recelo de ser sentido; ya tenía envidia del sol que la tocaba. Su presencia me lastimaba la vida, y su ausencia me enflaquecía el corazón. Y de todo esto creo que no me debía nada, porque me pagaba en la misma moneda. Quiso la fortuna, envidiosa de nuestra dulce vida, quitarnos este contentamiento, en la manera que oirás.

El rey de Granada, por mejorar en cargo al alcaide de Cártama, envióle a mandar que luego dejase aquella fuerza y se fuese a Coín (que es aquel lugar frontero del vuestro), y que me dejase a mí en Cártama en poder del alcaide que a ella viniese. Sabida esta desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos (si algún tiempo fuistes enamorado) lo que podríamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto a llorar nuestro apartamiento. Yo la llamaba señora mía, alma mía, sólo bien mío y otros dul-

ces nombres que el amor me enseñaba: —Apartándose vuestra hermosura de mí, ¿ternéis alguna vez memoria deste vuestro captivo? —Aquí las lágrimas y suspiros atajaban las palabras. Yo, esforzándome para decir más, malparía algunas razones turbadas, de que no me acuerdo, porque mi señora llevó mi memoria consigo. ¡Pues quién os contase las lástimas que ella hacía, aunque a mí siempre me parecían pocas! Decíame mil dulces palabras, que hasta agora me suenan en las orejas; y al fin, porque no nos sintiesen, despedímonos con muchas lágrimas y sollozos, dejando cada uno al otro por prenda un abrazo, con un suspiro arrancado de las entrañas. Y porque ella me vió en tanta necesidad y con señales de muerto, me dijo:

—Abindarráez, a mí se me sale el alma en apartándome de ti; y porque siento de ti lo mismo, yo quiero ser tuya hasta la muerte: tuyo es mi corazón, tuya es mi vida, mi honra y mi hacienda; y en testimonio desto, llegada a Coín, donde agora voy con mi padre, en teniendo lugar de hablarte, o por ausencia, o por indisposición suya (que ya deseo), yo te avisaré: irás donde yo estuviere, y allí yo te daré lo que solamente llevo conmigo, debajo de nombre de esposo: que de otra suerte ni tu lealtad ni mi ser lo consentirían; que todo lo demás muchos días ha que es tuyo—. Con esta promesa mi corazón se sosegó algo y beséla las manos por la merced que me prometía.

Ellos se partieron otro día, yo quedé como quien

caminando por unas fragosas y ásperas montañas se le eclipsa el sol: comencé a sentir su ausencia ásperamente, buscando falsos remedios contra ella. Miraba las ventanas do se solía poner, las aguas do se bañaba, la cámara en que dormía, el jardín do reposaba la siesta. Andaba todas sus estaciones y en todas ellas hallaba representación de mi fatiga. Verdad es que la esperanza que me dió de llamarme me sostenía, y con ella engañaba parte de mis trabajos; aunque algunas veces, de verla alargar tanto me causaba mayor pena, y holgara que me dejara del todo desesperado, porque la desesperación fatiga hasta que se tiene por cierta, y la esperanza hasta que se cumple el deseo.

Quiso mi ventura que esta mañana mi señora me cumplió su palabra, enviándome a llamar con una criada suya, de quien se fiaba; porque su padre era partido para Granada, llamado del rey para volver luego. Yo, resucitado con esta buena nueva, apercíbime, y dejando venir la noche por salir más secreto, púseme en el hábito que me encontrastes, por mostrar a mi señora el alegría de mi corazón; y por cierto no creyera yo que bastaran cien caballeros juntos a tenerme campo, porque traía mi señora conmigo; y si tú me venciste, no fué por esfuerzo (que no es posible), sino porque mi corta suerte, o la determinación del cielo, quisieron atajarme tanto bien. Así que, considera tú ahora, en el fin de mis palabras, el bien que perdí y el mal que tengo. Yo iba de Cártama a Coín, breve jor-

nada (aunque el deseo la alargaba mucho), el más ufano Abencerraje que nunca se vió: iba llamado de mi señora, a ver a mi señora, a gozar de mi señora y a casarme con mi señora. Véome. ahora herido, cautivo y vencido, y lo que más siento, que el término y coyuntura de mi bien se acaba esta noche. Déjame, pues, cristiano, consolar entre mis suspiros, y no los juzgues a flaqueza; pues lo fuera muy mayor tener ánimo para sufrir tan riguroso trance.

Rodrigo de Narváez quedó espantado y apiadado del extraño acontecimiento del moro; y pareciéndole que para su negocio ninguna cosa le podría dañar más que la dilación, le dijo:

—Abindarráez, quiero que veas que puede más mi virtud que tu ruin fortuna. Si tú me prometes como caballero de volver a mi prisión dentro de tercero día, yo te daré libertad para que sigas tu camino; porque me pesaría atajarte tan buena empresa.

El moro, cuando lo oyó, se quiso de contento echar a sus pies, y le dijo:

—Rodrigo de Narváez, si vos esto hacéis, habréis hecho la mayor gentileza de corazón que nunca hombre hizo, y a mí me daréis la vida; y para lo que pedís, tomad de mí la seguridad que quisiéredes, que yo lo cumpliré.

El alcaide llamó a sus escuderos, y les dijo:

—Señores, fiad de mí este prisionero, que yo salgo fiador de su rescate.

Ellos dijeron que ordenase a su voluntad, y tomando la mano derecha entre las dos suyas del moro, le dijo:

—¿ Vos prometéisme como caballero de volver a mi castillo de Alora a ser mi prisionero dentro de tercero día?

El le dijo:

—Sí, prometo.

—Pues id con la buenaventura, y si para nuestro negocio tenéis necesidad de mi persona, o de otra cosa alguna, también se hará.

Y diciendo que se lo agradecía, se fué camino de Coín a mucha priesa.

Rodrigo de Narváez y sus escuderos se volvieron a Alora, hablando en la valentía y buena manera del moro. Y con la priesa que el Abencerraje llevaba, no tardó mucho en llegar a Coín. Yéndose derecho a la fortaleza, como le era mandado, no paró hasta que halló una puerta que en ella había, y deteniéndose allí, comenzó a reconocer el campo, por ver si había algo de qué guardarse, y viendo que estaba todo seguro, tocó en ella con el cuento de la lanza, que esta era la señal que le había dado la dueña. Luego ella misma le abrió, y le dijo:

—¿ En qué os habéis detenido, señor mío, que vuestra tardanza nos ha puesto en gran confusión? Mi señora ha rato que os espera: apeaos, y subiréis donde está.

El se apeó y puso su caballo en lugar secreto, que allí halló; y dejando la lanza con su adarga y

cimitarra, llevándole la dueña por la mano, lo más paso que pudo, por no ser sentido de la gente del castillo, subió por una escalera hasta llegar al aposento de la hermosa Jarifa (que así se llamaba la dama). Ella, que ya había sentido su venida, con los brazos abiertos le salió a recibir; ambos se abrazaron sin hablarse palabra, del sobrado contentamiento. Y la dama le dijo:

—¿En qué os habéis detenido, señor mío, que vuestra tardanza me ha puesto en gran congoja y sobresalto?

—Mi señora—dijo él—, vos sabéis bien que por mi negligencia no habrá sido; mas no siempre suceden las cosas como los hombres desean.

Ella le tomó por la mano y le metió en una cámara secreta, y sentándose sobre una cama que en ella había, le dijo:

—He querido, Abindarráez, que veáis en cuál manera cumplen las cautivas de amor sus palabras; porque, desde el día que os la dí por prenda de mi corazón, he buscado aparejos para quitárosla: yo os mandé venir a este mi castillo a ser mi prisionero, como yo lo soy vuestra, y haceros señor de mi persona, y de la hacienda de mi padre, debajo del nombre de esposo, aunque esto, según entiendo, será muy contra su voluntad: que como no tiene tanto conocimiento de vuestro valor, y experiencia de vuestra virtud como yo, quisiera darme marido más rico; mas yo, vuestra persona y mi contentamiento tengo por la mayor riqueza del mundo.



Y diciendo esto bajó la cabeza, mostrando un cierto empacho de haberse descubierto tanto.

El moro la tomó entre sus brazos y besándola muchas veces las manos por la merced que le hacía, la dijo:

—Señora mía, en pago de tanto bien como me habéis ofrecido, no tengo qué daros, que no sea vuestro, sino sola esta prenda, en señal que os recibo por mi señora y esposa—y llamando a la dueña se desposaron.

Tras esto al moro vino un profundo pensamiento, y dejando llevarse dél dió un gran suspiro. La dama, no pudiendo sufrir tan grande ofensa de su hermosura y voluntad, con gran fuerza de amor le volvió a sí, y le dijo:

—¿Qué es esto, Abidarráez? Parece que te has entristecido con mi alegría; yo te oigo suspirar: pues si yo soy todo tu bien y contentamiento, como me decías, ¿por quién suspiras? Y si no lo soy, ¿por qué me engañaste? Si has hallado alguna falta en mi persona pon los ojos en mi voluntad, que basta para encubrir muchas; y si sirves a otra dama, dime quién es para que la sirva yo; y si tienes otro dolor secreto de que yo no soy ofendida, dímelo, que o yo moriré o te libraré dél.

El Abencerraje, corrido de lo que había hecho, y pareciéndole que no declararse era ocasión de gran sospecha, con un apasionado suspiro, dijo:

—Señora mía, si yo no os quisiera más que a mí, no hubiera hecho este sentimiento; porque el pe-

sar que conmigo traía sufríale con buen ánimo cuando iba por mí solo; mas agora que me obliga a apartarme de vos, no tengo fuerzas para sufrirle; y así entenderéis que mis suspiros se causan más de sobra de lealtad que de falta della; y porque no estéis más suspensa sin saber de qué, quiero deciros lo que pasa. —Luego le contó todo lo que había sucedido, y al cabo la dijo:

—De suerte, señora, que vuestro cautivo lo es también del alcaide de Alora: yo no siento la pena de la prisión, que vos enseñastéis mi corazón a sufrir; mas vivir sin vos tendría por la misma muerte.

La dama, con buen semblante, le dijo:

—No te congojes, Abindarráez, que yo tomo el remedio de tu rescate a mi cargo; porque a mí me cumple más; yo digo así, que cualquier caballero que diere la palabra de volver a la prisión, cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir; y para esto ponedle vos mismo el nombre que quisieredes, que yo tengo las llaves de la riqueza de mi padre, y yo os las pondré en vuestro poder: enviad de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narváez es buen caballero, y os dió una vez libertad, y le fiastes este negocio, que le obliga ahora a usar de mayor virtud: yo creo que se contentará con esto, pues teniéndoo en su poder ha de hacer lo mismo.

El Abencerraje le respondió:

—Bien parece, señora mía, que lo mucho que me queréis no os deja que me aconsejéis bien: por cierto no caeré yo en tan gran yerro; porque, si cuan-

do venía a verme con vos, que iba por mí solo, estaba obligado a cumplir mi palabra, ahora que soy vuestro se me ha doblado la obligación. Yo volveré a Alora y me poned en las manos del alcaide della, y tras hacer yo lo que debo, haga él lo que quisiere.

—Pues nunca Dios quiera—dijo Jarifa—que yendo vos a ser preso quede yo libre: pues no lo soy yo, quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo, ni el miedo que he cobrado a mi padre de haberle ofendido, me consentirán hacer otra cosa.

El moro, llorando de contentamiento, la abrazó y le dijo:

—Siempre vais, señora mía, acrecentándome las mercedes; hágase lo que vos quisiéredes, que así lo quiero yo.

Y con este acuerdo, aparejando lo necesario, otro día de mañana se partieron, llevando la dama el rostro cubierto por no ser conocida. Pues yendo por su camino adelante hablando de diversas cosas, toparon un hombre viejo; la dama le preguntó dónde iba, él la dijo:

—Voy a Alora a negocios que tengo con el alcaide della, que es el más honrado y virtuoso caballero que yo jamás vi.

Jarifa se holgó mucho de oír esto, pareciéndole que pues todos hallaban tanta virtud en este caballero, que también la hallarían ellos, que tan necesitados estaban della.

Luego, llegaron a la fortaleza, y llamando a la puerta, fué abierta por los guardas, que ya tenían noticia de lo pasado; y yendo un hombre corriendo a llamar al alcaide, le dijo:

—Señor, en el castillo está el moro que venciste y trae consigo una gentil dama.

Al alcaide le dió el corazón lo que podía ser, y bajó abajo. El Abencerraje, tomando a su esposa de la mano, se fué a él y le dijo:

—Rodrigo de Narváez, mira si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí traer un preso y te traigo dos, que el uno basta para vencer otros muchos; ves aquí mi señora; juzga si he padecido con justa causa; recíbenos por tuyos, que yo fío mi señora y mi honra de ti.

Rodrigo de Narváez holgó mucho de verlos, y dijo a la dama:

—Yo no sé cuál de vosotros debe más al otro, mas yo debo mucho a los dos. Entrad y reposaréis en vuestra casa, y tenedla de aquí adelante por tal, pues lo es su dueño.

Y con esto se fueron a un aposento que les estaba aparejado, y de ahí a poco comieron, porque venían cansados del camino. Y el alcaide preguntó al Abencerraje:

—Señor, ¿qué tal venís de las heridas?

—Paréceme, señor, que con el camino las traigo enconadas y con algún dolor.

La hermosa Jarifa, muy alterada, dijo:

—¿Qué es esto, señor? ¿heridas tenéis vos de que yo no sepa?

—Señora, quien escapó de las vuestras, en poco terná otras; verdad es que de la escaramuza de la otra noche saqué dos pequeñas heridas, y el camino y no haberme curado me habrán hecho algún daño.

—Bien será—dijo el alcaide—que os acostéis y verná un zurujano que hay en el castillo.

Luego la hermosa Jarifa le comenzó a desnudar con grande alteración, y viniendo el maestro y viéndole, dijo que no era nada, y con unguento que le puso le quitó el dolor; y de ahí a tres días estuvo sano.

Un día acaeció que acabando de comer, el Abencerraje, dijo estas palabras:

—Rodrigo de Narváez: según eres discreto, en la manera de nuestra venida entenderás lo demás: yo tengo esperanza que este negocio, que está tan dañado, se ha de remediar por tus manos. Esta dueña es la hermosa Jarifa, de quien te hube dicho es mi señora y mi esposa. No quiso quedar en Coín, de miedo de haber ofendido a su padre; todavía se teme deste caso; bien sé que por tu virtud te ama el rey, aunque eres cristiano; suplicote alcances dél que nos perdone su padre, por haber hecho esto sin que él lo supiese, pues la fortuna lo trajo por este camino.

El alcaide les dijo:

—Consolaos, que yo os prometo de hacer en ello cuanto pudiere—y tomando tinta y papel escribió una carta al rey, que decía así:

*Carta de Rodrigo de Narváez, alcaide de Alora, para
el rey de Granada.*

“Muy alto y muy poderoso rey de Granada: Rodrigo de Narváez, alcaide de Alora, tu servidor, beso tus reales manos, y digo así: que el Abencerraje Abindarráez el mozo, que nació en Granada y se crió en Cártama, en poder del alcaide della, se enamoró de la hermosa Jarifa, su hija; después tú, por hacer merced al alcaide, le pasaste a Coin; los enamorados, por asegurarse, se desposaron entre sí, y llamado él por ausencia del padre, que contigo tienes, yendo a su fortaleza, yo le encontré en el camino, y en cierta escaramuza que con él tuve, en que se mostró muy valiente, le gané por mi prisionero; y contándome su caso, apiadándome dél le hice libre por dos días. El se fué a ver con su esposa, de suerte que en la jornada perdió la libertad y ganó el amiga. Viendo ella que el Abencerraje volvía a mi prisión, se vino con él, y así están los dos en mi poder. Suplicote que no te ofenda el nombre de Abencerraje, que yo sé que éste y su padre fueron sin culpa en la conjuración que contra tu real persona se hizo; y en testimonio dello viven. Suplico a tu real Alteza, que el remedio de estos

tristes se reparta entre ti y mí: yo les perdonare el rescate y los soltaré graciosamente; sólo harás tú que el padre della los perdone y reciba en su gracia; y en esto cumplirás con tu grandeza y harás lo que della siempre esperé.”

Escripata la carta, despachó un escudero con ella, que llegado ante el rey, se la dió: el cual, sabiendo cúa era, se holgó mucho, que a este solo cristiano amaba por su virtud y buenas maneras. Y como la leyó, volvió el rostro al alcaide de Coín, que allí estaba, y llamándole aparte le dijo:

—Lee esta carta, que es del alcaide de Alora—. Y leyéndola recibió grande alteración. El rey le dijo:

—No te congojes, aunque tengas por qué; sábette que ninguna cosa me pedirá el alcaide de Alora que yo no lo haga; y así te mando que vayas luego a Alora y te veas con él, y perdones tus hijos, y los llesves a tu casa, que en pago deste servicio, a ellos y a ti haré siempre merced—. El moro lo sintió en el alma; mas viendo que no podía pasar el mandato del rey, volvió de buen continente, y dijo que así lo haría como su Alteza lo mandaba; y luego se partió a Alora, donde ya sabían del escudero todo lo que había pasado, y fué de todos recibido con mucho regocijo y alegría.

El Abencerraje y su hija parecieron ante él con harta vergüenza y le besaron las manos. El los recibió muy bien, y les dijo:

—No se trata aquí de cosas pasadas; yo os perdono haberos casado sin mi voluntad, que en lo demás, vos, hija, escogisteis mejor marido que yo os pudiera dar—. El alcaide todos aquellos días les hacía muchas fiestas; y una noche, acabando de cenar en un jardín, les dijo:

—Yo tengo en tanto haber sido parte para que este negocio haya venido a tan buen estado, que ninguna cosa me pudiera hacer más contento; y así digo, que sólo la honra de haberos tenido por mis prisioneros quiero por rescate de la prisión. De hoy más, vos, señor Abindarráez, sois libre de mí para hacer de vos lo que quisiéredes—. Ellos le besaron las manos por la merced y bien que les hacía, y otro día por la mañana partieron de la fortaleza, acompañándolos el alcaide parte del camino.

Estando ya en Coín gozando sosegada y seguramente el bien que tanto habían deseado, el padre les dijo:

—Hijos; agora, que con mi voluntad sois señores de mi hacienda, es justo que mostréis el agradecimiento que a Rodrigo de Narváez se debe por la buena obra que os hizo; que por haber usado con vosotros de tanta gentileza no ha de perder su rescate: antes le merece muy mayor; yo os quiero dar seis mil doblas zahenes; enviádselas y tenedle de aquí adelante por amigo, aunque las leyes sean diferentes. Abindarráez le besó las manos; y tomándolas, con cuatro muy hermosos caballos y cuatro lanzas con los hierros y cuentos de oro, y otras

cuatro adargas, las envió al alcaide de Alora, y le escribió así:

Carta del Abencerraje Abindarráez al alcaide de Alora.

“Si piensas, Rodrigo de Narváez, que con darme libertad en tu castillo para venirme al mío me dejaste libre, engañaste; que cuando libertaste mi cuerpo prendiste mi corazón. Las buenas obras prisiones son de los nobles corazones; y si tú por alcanzar honra y fama acostumbras hacer bien a los que podías destruir, yo, por parecer a aquellos donde vengo, y no degenerar de la alta sangre de los Abencerrajes, antes coger y meter en mis venas toda la que dellos se vertió, estoy obligado a agradecerlo y servirlo: recibirás en ese breve presente la voluntad de quien le envía, que es muy grande, y de mi Jarifa otra tan limpia y leal, que me contento yo della.”

El alcaide tuvo en mucho la grandeza y curiosidad del presente, y recibiendo dél los caballos, lanzas y adargas, escribió a Jarifa así:

Carta del alcaide de Alora a la hermosa Jarifa.

“Hermoda Jarifa: No ha querido Abindarráez dejarme gozar el verdadero triunfo de su prisión, que consiste en perdonar y hacer bien; y como a mí

en esta tierra nunca se me ofreció empresa tan generosa, ni tan digna de capitán español, quisiera gozarla toda y labrar della una estatua para mi posteridad y descendencia. Los caballos y armas recibí yo, para ayudarle a defender de sus enemigos; y si en enviarme el oro se mostró caballero generoso, en recibirlo yo pareciera cobdicioso mercader. Yo os sirvo con ello en pago de la merced que me hicistes en serviros de mí en mi castillo; y también, señora, yo no acostumbro a robar damas, sino servir las y honrarlas.”

Y con esto les volvió a enviar las doblas. Jarifa las recibió y dijo:

—Quien pensare vencer a Rodrigo de Narváez en armas y cortesía, pensará mal.

Destá manera quedaron los unos de los otros muy satisfechos y contentos, y trabados con estrecha amistad, que les duró toda la vida.

FIN

BIBLIOTECA DE CLASICOS AMENOS

Romances fronterizos

—
Primera edición
—

Editorial "RAZON Y FE".
Plaza de Santo Domingo, 14.-Apartado 8.001
Madrid

Con licencia Eclesiástica.

NOTA AL LECTOR

Como obras que se complementan mutuamente hemos puesto en este mismo tomo, después de la Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa, los Romances fronterizos. Al fin y al cabo aquella no es otra cosa que la más bella leyenda que produjo la poesía fronteriza (otras son la Peña de los enamorados, El suspiro del Moro, etc., etc.). Uno mismo es, pues, su carácter y uno mismo el asunto que cantan, a saber, los varios episodios de la lucha contra los moros.

Sobre punto tan oscuro como el origen de los Romances en general (entendida la palabra romance en el sentido que hoy le damos); dejando otras opiniones—pues un detallado estudio de todas ellas saldría fuera de los límites y carácter de esta Biblioteca—nos ceñiremos a reseñar brevemente la que comparan, entre otros, Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal, cuando afirman que son restos de los cantares de gesta. Trataban éstos, comúnmente, de hazañas guerreras y estaban destinados a ser recitados en los castillos de la nobleza. Muy pronto se perdieron estos can-

tares, ya porque privara la poesía cortesana, ya porque, prosificados, se les incluyera en las Crónicas. Pues entonces el pueblo apoderándose de los asuntos que los cantares de gesta celebraban y ayudándose de los fragmentos que conservaba en la memoria, formó unos nuevos poemas de carácter esencialmente popular que constituyen los Romances. Luego en el siglo XIV y principios del XV se añadieron otros asuntos extranjeros y contemporáneos (entre otros los fronterizos), tratados muy probablemente por ingenios cortesanos que versificaron, sin embargo, al estilo popular. En resumen: los romances históricos derivan de las gestas, ya directamente, ya por medio de las Crónicas; los caballerescos y fronterizos nacieron hacia el siglo XV, tratando estos asuntos al modo histórico.

Los fronterizos han merecido de Milá el calificativo de "joya incomparable de la poesía castellana" y su principal característica es el ser rigurosamente históricos.

Como varía bastante la lectura de unas u otras Colecciones de Romances que se han venido haciendo hemos adoptado la de "Romances viejos castellanos. (Primavera y Flor de Romances) publicada con una introducción y notas por D. Fernando José Wolf y D. Conrado Hofmann. Segunda edición corregida y adicionada por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, de la Real Academia Española". (Tomo VIII de la Antología de Poetas Líricos Castellanos, de Menéndez y Pelayo); menos en algunos pocos en que seguimos

la de "Flor nueva de Romances viejos, que recogió de la tradición antigua y moderna R. Menéndez Pidal, 1928", según se irá indicando en el texto. Sin embargo, notaremos que hemos dispuesto la impresión en versos octosílabos y no en versos de diez y seis sílabas como lo hace la Primavera y Flor de Romances; y que damos solamente la lectura del texto, sin reseñar las notas de otras diversas lecturas que constan allí.

Hechas estas explicaciones no queda sino admirar las bellezas de nuestros Romances fronterizos.

Romances fronterizos

I

Romance del asalto de Baeza.

Moricos, los mis moricos,
los que ganáis mi soldada,
derribédesme a Baeza,
esa villa torreada,
y a los viejos y a los niños
los traed en cabalgada,
y a los mozos y varones
los meted todos a espada,
y a ese viejo Pero Díaz
prendédmelo por la barba,
y aquesa linda Leonor
será la mi enamorada.
Id vos, capitán Vanegas,
porque venga más honrada,
que si vos sois mandadero,
será cierta la jornada.

II

Al mismo asunto.

Moricos, los mis moricos,
los que ganáis mi soldada,
derribédesme a Baeza,
esa ciudad torreada,
y los viejos y las viejas
los meted todos a espada,
y los mozos y las mozas
los traé en la cabalgada,
y la hija de Pero Díaz
para ser mi enamorada
y a su hermana Leonor,
de quien sea acompañada.
Id vos, capitán Vanegas,
porque venga más honrada,
porque enviándoos a vos,
no recelo en la tornada,
que recibiréis afrenta
ni cosa desaguisada.

III

Romance de Reduán (1).

—Reduán, bien se te acuerda
que me diste la palabra
que me darías a Jaén
en una noche ganada.
Reduán, si tú lo cumples,
daréte paga doblada,
y si tú no lo cumplieres
desterrarte he de Granada;
echarte he en una frontera
do no goces de tu dama.

Reduán le respondía,
sin demudarse la cara:

—Si lo dije no me acuerdo,
mas cumpliré mi palabra.

Reduán pide mil hombres,
el rey cinco mil le daba.
Por esa puerta de Elvira
sale muy gran cabalgada.
¡Cuánto del hidalgo moro,
cuánta de la yegua baya,
cuánta de la lanza en puño,
cuánta de la adarga blanca,

(1) "Flor nueva de Romances viejos". M. PIDAL.

cuánta de marlota verde,
cuánta aljuba de escarlata,
cuánta pluma y gentileza,
cuánto capellar de grana,
cuánto bayo borceguí,
cuánto lazo que le esmalta,
cuánta de la espuela de oro,
cuánta estribera de plata!
Toda es gente valerosa,
y experta para batalla:
en medio de todos ellos
va el Rey Chico de Granada.

Míranlo las damas moras,
de las torres de la Alhambra.
La reina mora, su madre,
de esta manera le habla:

—Alá te guarde, mi hijo,
Mahoma vaya en tu guarda,
y te vuelva de Jaén
libre, sano y con ventaja,
y te dé paz con tu tío,
señor de Guádix y Baza.

IV

De Fernandarias.

—¡Buen alcaide de Cañete,
mal consejo habéis tomado

en correr a Setenil,
hecho se había voluntario!
¡Harto hace el caballero
que guarda lo encomendado!
Pensastes correr seguro,
y celada os han armado.
Hernandarias Sayavedra,
vuestro padre, os ha vengado;
ca cuerda correr a Ronda,
y a los suyos va hablando:

—El mi hijo Hernandarias
muy mala cuenta me ha dado;
encomendéle a Cañete,
él muerto fuera en el campo.
Nunca quiso mi consejo,
siempre fué mozo liviano,
que por alancear un moro
perdiera cualquier estado.
Siempre esperé su muerte
en verle tan voluntario.
Mas hoy los moros de Ronda
conocerán que le amo.
A Gonzalo de Aguilar
en celada le han dejado.
Viniendo a vista de Ronda,
los moros salen al campo.
Hernandarias dió una vuelta
con ardid muy concertado,
y Gonzalo de Aguilar

sale a ellos denodado,
blandeando la su lanza
iba diciendo: —¡Santiago,
a ellos, que no son nada,
hoy vengüemos a Fernando!—
Murió allí Juan Delgadillo
con hartos buenos cristianos;
mas por las puertas de Ronda
los moros iban entrando:
veinte y cinco traía presos,
trescientos moros mataron,
mas el viejo Hernandarias
no se tuvo por vengado.

V

Romance de la venganza de Fernandarias.

—¡Buen alcaide de Cañete,
mal consejo habéis tomado
en correr a Setenil,
hecho asaz bien excusado!
¡Harto hace el caballero
que guarda lo encomendado,
y muere en la fortaleza
donde lo han juramentado!
Siempre lo tuvistes, hijo,
de ser en ardid sobrado,
sin mirar inconvenientes,

sino ver moros en campo.
Mas antes de veinte días
yo seré muerto o vengado
entre esos moros de Ronda
que me han amenazado.—
En aquesto Fernandarias
fué al infante don Fernando;
gente de a pie le ha pedido,
junto con la de a caballo.
A Pero Guzmán Merino
y a su copero le ha dado,
y a Gonzalo de Aguilar,
un muy valiente bastardo,
junto con Juan Delgadillo,
su maestre-sala y privado.
Entrada hacen en Ronda;
Cañete quedó a recado.
En bosques cabe la vega
gente de armas se ha emboscado:
con ella Juan Delgadillo,
caballero muypreciado,
Fernandarias Sayavedra
cerca de Ronda ha llegado;
salen a él muchos moros,
con orden se ha retirado;
haciendo rostro ha venido
al bosque, disimulado,
donde estaba la celada
que a los moros ha cercado.

A los primeros encuentros
muchos quedan en el campo,
entre ellos Juan Delgadillo,
con más catorce hijosdalgo:
mas a la fin Sayavedra
de ellos fué muy bien vengado,
que rotos fueron los moros;
pocos se han escapado.
Con honra y gran cabalgada
a Cañete se ha tornado.

VI

Romance de Antequera.

De Antequera partió el moro
tres horas antes del día,
con cartas en la su mano
en que socorro pedía.
Escritas iban con sangre,
mas no por falta de tinta.
El moro que las llevaba
ciento y veinte años había;
la barba tenía blanca,
la calva le relucía;
toca llevaba tocada,
muy grande precio valía.
La mora que la labrara
por su amiga la tenía;

alhaleme en su cabeza
con borlas de seda fina;
caballero en una yegua,
que caballo no quería.
Solo con un pajecico
que le tenga compañía,
no por falta de escuderos,
que en su casa hartos había.
Siete celadas le ponen
de mucha caballería,
mas la yegua era ligera,
de entre todos se salía;
por los campos de Archidona
a grandes voces decía:

—¡Oh buen rey, si tú supieses
mi triste mensajería,
mesarías tus cabellos
y la tu barba vellida!—
El rey, que venir lo vido,
a recibirlo salía
con trescientos de caballo,
la flor de la morería.

—Bien seas venido, el moro,
buena sea tu venida.

—Alá te mantenga, el rey,
con toda tu compañía.

—Dime, ¿qué nuevas me traes
de Antequera esa mi villa?

—Yo te las diré, buen rey,

si tú me otorgas la vida.

—La vida te es otorgada,
si traición en ti no había.

—¡Nunca Alá lo permitiese
hacer tan gran villanía!

Mas sepa tu real Alteza
lo que ya saber debía,
que esa villa de Antequera
en grande aprieto se vía,
que el infante don Fernando
cercada te la tenía.

Fuertemente la combate
sin cesar noche ni día;
manjar que tus moros comen,
cueros de vaca cocida:
buen rey, si no la socorres,
muy presto se perdería.—

El rey, cuando aquesto oyera,
de pesar se amortecía;
haciendo gran sentimiento,
muchas lágrimas vertía;
rasgaba sus vestiduras,
con gran dolor que tenía,
ninguno le consolaba,
porque no lo permitía;
mas después, en sí tornando,
a grandes voces decía:

—Tóquense mis añafles,
trompetas de plata fina;

júntense mis caballeros
cuantos en mi reino había,
vayan con mis dos hermanos
a Archidona, esa mi villa,
en socorro de Antequera,
llave de mi señoría.—

Y así con este mandado
se juntó gran morería;
ochenta mil peones fueron
el socorro que venía,
con cinco mil de caballo,
los mejores que tenía.

Ansí en la Boca del Asna
este real sentado había
a vista del dei infante
el cual ya se apercebía,
confiando en la gran vitoria
que de ellos Dios le daría,
sus gentes bien ordenadas:
de San Juan era aquel día,
cuando se dió la batalla
de los nuestros tan herida,
que por ciento y veinte muertos
quince mil moros había.

Después de aquesta batalla
fué la villa combatida
con lombardas y pertrechos,
y con una gran bastida,
con que le ganan las torres

de donde era defendida.
Después dieron el castillo
los moros a pleitesía,
que libres con sus haciendas
el infante los pornía
en la villa de Archidona,
lo cual todo se cumplía;
y así se ganó Antequera
a loor de Santa María.

VII

Romance de la pérdida de Antequera (2)

La mañana de San Juan,
al tiempo que alboreaba,
gran fiesta hacen los moros
por la vega de Granada.
Revolviendo sus caballos
y jugando de las lanzas
ricos pendones en ellas
broslados por sus amadas,
ricas marlotas vestidas,
tejidas de oro y grana,
el moro que amores tiene
señales de ello mostraba,
y el que no tenía amores
allí no escaramuzaba.

(2) "Flor nueva de Romances viejos". M. PIDAL.

Las damas moras los miran
de las torres del Alhambra;
también se los mira el rey
de dentro de la Alcazaba.

Dando voces vino un moro,
sangrienta toda la cara:

—¡Con tu licencia, buen rey,
diréte una nueva mala:
el infante don Fernando
tiene a Antequera ganada;
muchos moros deja muertos,
yo soy quien mejor librara,
y siete lanzadas traigo,
la menor me llega al alma;
los que conmigo escaparon
en Archidona quedaban!—

Cuando el rey oyó tal nueva
la color se le mudaba.

Mandó tocar sus trompetas
y sonar todas al arma;
mandó juntar a los suyos,
para hacer gran cabalgada.

VIII

Sobre la pérdida de Antequera.

Suspira por Antequera
el rey moro de Granada:

no suspira por la villa,
que otra mejor le quedaba,
sino por una morica
que dentro en la villa estaba,
blanca, rubia a maravilla,
sobre todas agraciada:
dieziseis años tenía,
en los dieziesiete entraba;
crióla el rey de pequeña,
más que a sus ojos la amaba,
y en verla en poder ajeno
sin poder ser remediada,
suspiros da sin consuelo
que el alma se le arrancaba.
Con lágrimas de sus ojos,
estas palabras hablaba:
—¡Ay Narcisa de mi vida!
¡Ay Narcisa de mi alma!
Enviéte yo mis cartas
con el alcaide de Alhambra,
con palabras amorosas
salidas de mis entrañas,
con mi corazón herido
de una saeta dorada.
La respuesta que le diste:
que escribir poco importaba.
Daría por tu rescate
Almería la nombrada.
¿Para qué quiero yo bienes



pues mi alma presa estaba?
Y cuando esto no bastare,
yo me saldré de Granada;
yo me iré para Antequera
donde estás presa, alindada,
y serviré de captivo
sólo por mirar tu cara.

IX

Los moros de Moclín hacen una correría por las tierras de Alcalá.

Caballeros de Moclín,
peones de Colomera,
entrado habían en acuerdo
en su consejada negra
a los campos de Alcalá,
donde irían a hacer presa.
Allá la van a hacer
a esos molinos de Huelma.
Derrocaban los molinos,
derramaban la cibera,
prendían los molineros
cuantos hay en la ribera.
Ahí hablara un viejo,
que era más discreto en guerra:
—Para tanto caballero
chica cabalgada es ésta,

soltemos un prisionero
que a Alcalá lleve la nueva;
démosle tales heridas,
que en llegando luego muera;
cortémosle el brazo derecho
porque no nos haga guerra.—
Por soltar un molinero
un mancebo se les sale
que era nacido y criado
en Jerez de la Frontera,
que corre más que un gamo
y salta más que una cierva.
Por los campos de Alcalá
diciendo va:—¡Afuera, afuera!
caballeros de Alcalá,
no os alabaréis de aquesta,
que por una que hecistes,
y tan caro como cuesta,
que los moros de Moclín
corrido vos han la ribera,
robado vos han el campo,
y llevado vos han la presa.
Oídolo ha don Pedro
por su desventura negra;
cabalgara en su caballo,
que le decían Boca-negra:
al salir de la ciudad
encontró con Sayavedra.
—No vayades allá, hijo,

si mi maldición os venga:
que si hoy fuere la suya,
mañana será la vuestra.—

X

Romance que dicen: Abenámar, Abenámar.

—Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,
¿qué castillos son aquéllos?
¡altos son y relucían!

—El Alhambra era, señor,
y la otra es la mezquita;
los otros los Alizares
labrados a maravilla.

El moro que los labró
cien doblas ganaba al día.

La otra era Granada,
Granada la noblecida

de los muchos caballeros,
y de la gran ballestería.—

Allí habla el rey don Juan,
bien oiréis lo que diría:

—Granada, si tú quisieses,
contigo me casaría:

darte he yo en arras y dote
a Córdoba y a Sevilla,
y a Jerez de la Frontera,

que cabe sí la tenía.

Granada, si más quisieses,
mucho más yo te daría.—

Allí hablara Granada,
al buen rey le respondía:

—Casada so, el rey don Juan,
casada soy, que no viuda;
el moro que a mí me tiene
bien defenderme querría.—

Allí habla el rey don Juan,
estas palabras decía:

—Echenme acá mis lombardas
doña Sancha y doña Elvira,
tiraremos a lo alto,
lo bajo ello se daría.—

El combate era tan fuerte
que grande temor ponía:
los moros del baluarte,
con terrible algacería
trabajan por defenderse,
mas facello no podían.

El rey moro que esto vido
prestamente se rendía,
y cargó tres cargas de oro;
al buen rey se las envía:
prometió ser su vasallo
con parias que le daría.
Los castellanos quedaron
contentos a maravilla;

cada cual por do ha venido
se volvió para Castilla.

XI

Romance de Abenámar y el rey don Juan (3).

—¡Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,
el día que tú naciste
grandes señales había!
Estaba la mar en calma,
la luna estaba crecida;
moro que en tal signo nace
no debe decir mentira.
—No te la diré, señor,
aunque me cueste la vida.
—Yo te agradezco, Abenámar,
aquesta tu cortesía.
¿Qué castillos son aquellos?
¡Altos son y relucían!
—El Alhambra era, señor,
y la otra la mezquita;
los otros los Alixares,
labrados a maravilla.
El moro que los labraba
cien doblas ganaba al día,
y el día que no los labra

(3) "Flor nueva de Romances viejos". M. PIDAL.

otras tantas se perdía;
desque los tuvo labrados
el rey le quitó la vida
porque no labre otros tales
al rey del Andalucía.
El otro es Torres Bermejas,
castillo de gran valía;
el otro Generalife,
huerta que par no tenía.

Allí hablara el rey don Juan,
bien oiréis lo que decía:

—Si tú quisieras, Granada,
contigo me casaría;
daréte en arras y dote
a Córdoba y a Sevilla.

—Casada soy, rey don Juan,
casada soy, que no viuda;
el moro que a mí me tiene
muy grande bien me quería.

Hablara allí el rey don Juan,
estas palabras decía:

—Echenme acá mis lombarúas
doña Sancha y doña Elvira:
tiraremos a lo alto,
lo bajo ello se daría.

El combate era tan fuerte
que grande temor ponía.

XII

*Romance antiguo y verdadero de Alora la bien
cercada (4).*

Alora, la bien cercada,
tú que estás en par del río,
cercóte el adelantado
una mañana en domingo,
de peones y hombres de armas
el campo bien guarnecido;
con la gran artillería
hecho te habían un portillo.
Viérades moros y moras
subir huyendo al castillo;
las moras llevaban ropa,
los moros harina y trigo,
y las moras de quince años
llevaban el oro fino,
y los moricos pequeños
llevan la pasa y el higo.
Por encima del adarbe
su pendón llevan tendido.
Allá detrás de una almena
quedado se había un morico
con una ballesta armada

(4) "Flor nueva de Romances viejos". M. PIDAL.

y en ella puesto un cuadrillo.
En altas voces diciendo,
que del real le han oído:
—¡Treguas, treguas, adelantado,
por tuyo se da el castillo!
Alza la visera arriba
por ver el que tal le dijo:
asestárale a la frente,
salido le ha al colodrillo.
Sacólo Pablo de rienda
y de mano Jacobillo,
estos dos que había criado
en su casa desde chicos.
Lleváronle a los maestros
por ver si será guarido;
a las primeras palabras
el testamento les dijo.

XIII

Romance de don Enrique de Guzmán.

—Dadme nuevas, caballeros,
nuevas me querades dar
de aqueso conde de Niebla,
don Henrique de Guzmán,
que hace guerra a los moros,
y ha cercado a Gibraltar.
Veo hoy lutos en mi corte,

ayer vi fiestas muy grandes,
o el príncipe es fallecido,
o alguno de mi sangre,
o don Alvaro de Luna,
el maestro y condestable.

—No es muerto, señora, el príncipe;
mas ha fallecido un grande,
que veredes a los moros
cuán poco vos temerán,
que a éste solo temían
y no osaban saltar.

Es el buen conde de Niebla
que se ha anegado en la mar,
por acorrer a los suyos,
nunca se quiso salvar;
en un batel donde venía
le hicieron trastornar,
socorriendo un caballero
que se le iba a anegar.

La mar andaba tan alta
que no se pudo escapar,
teniendo cuasi ganada
la fuerza de Gibraltar.

Llóranle todas las damas,
galanes otro que tal,
llórale gente de guerra
por ser tan buen capitán,
llóranle duques y condes,
porque a todos sabía honrar.

—¡ Oh qué nuevas me traedes,
caballeros, de pesar!
Vístanse todos de jerga,
no se hagan fiestas más,
vaya luego un mensajero,
venga su hijo don Juan:
confirmalle he lo del padre,
más le quiero acrecentar,
y de Medina Sidonia
duque le hago de hoy más,
que a hijo de tan buen padre
poco galardón se da.—

XIV

*Batalla de los Alporchones, en que Quiñonero queda
cautivo.*

Allá en Granada la rica
instrumentos oí tocar
en la calle de los Gomeles,
a la puerta de Abidbar,
el cual es moro valiente
y muy fuerte capitán.
Manda juntar muchos moros
bien diestros en pelear,
porque en el campo de Lorca
se determina de entrar;
con él salen tres alcaides,

aquí los quiero nombrar:

Almoradí de Guadix,
éste es de sangre real;

Abeniciz es el otro,
y de Baza natural;
y de Vera es Alabez,
de esfuerzo muy singular,
y en cualquier guerra su gente
bien la sabe acaudillar.

Todos se juntan en Vera
para ver lo que harán;
el campo de Cartagena
acuerdan de saquear.

A Alabez, por ser valiente,
lo hacen su general;
otros doce alcaides moros
con ellos juntado se han,
que aquí no digo sus nombres
por quitar prolijidad.

Ya se repartían los moros,
ya comienzan de marchar,
por la fuente de Pulpé,
por ser secreto lugar,
y por el puerto los Peines,
por orillas de la mar.

En campos de Cartagena
con furor fueron a entrar;
cautivan muchos cristianos,
que era cosa de espantar.

Todo lo corren los moros
sin nada se les quedar;
el rincón de San Ginés
y con ellos al Pinatar.
Cuando tuvieron gran presa
hacia Vera vuelto se han,
y en llegando al Puntarón,
consejo tomado han
si pasarían por Lorca,
o si irían por la mar.
Alabez, como es valiente,
por Lorca quería pasar,
por tenerla muy en poco
y por hacerle pesar;
y así con toda su gente
comenzaron de marchar.
Lorca y Murcia lo supieron;
luego los van a buscar,
y el comendador de Aledo,
que Lison suelen llamar,
junto de los Alporchones
allí los van a alcanzar.
Los moros iban pujantes,
no dejaban de marchar;
cautivaron un cristiano
caballero principal,
al cual llaman Quiñonero,
que es de Lorca natural.
Alabez, que vió la gente,

comienza de preguntar:

—Quiñonero, Quiñonero,
dígame tú la verdad,
pues eres buen caballero,
no me la quieras negar:
¿qué pendones son aquellos
que están en el olivar?

Quiñonero le responde,
tal respuesta le fué a dar:

—Lorca y Murcia son, señor,
Lorca y Murcia, que no más,
y el comendador de Aledo,
de valor muy singular,
que de la francesa sangre
es su prosapia real.

Los caballos traían gordos,
ganosos de pelear.—

Allí respondió Alabez,
lleno de rabia y pesar:

—Pues por gordos que los traigan,
la Rambla no han de pasar,
y si ellos la Rambla pasan,
¡Alá, y qué mala señal!—

Estando en estas razones
allegara el mariscal
y el buen alcaide de Lorca,
con esfuerzo muy sin par.

Aqueste alcaide es Faxardo,
valeroso en pelear;

la gente traen valerosa,
no quieren más aguardar.
A los primeros encuentros
la Rambla pasado han,
y aunque los moros son muchos,
allí lo pasan muy mal.
Mas el valiente Alabez
hace gran plaza y lugar.
Tantos de cristianos matan,
que es dolor de lo mirar.
Los cristianos son valientes,
nada les pueden ganar;
tantos matan de los moros,
que era cosa de espantar.
Por la sierra de Aguaderas
huyendo sale Abidbar
con trescientos de a caballo,
que no pudo más sacar.
Faxardo prendió a Alabez
con esfuerzo singular.
Quitáronle la cabalgada,
que en riqueza no hay su par.
Abidbar llegó a Granada,
y el rey lo mandó matar.

XV

Romance de la prisión del obispo don Gonzalo.

Día era de San Antón,
ese santo señalado,
cuando salen de Jaén
cuatrocientos hijosdalgo;
y de Ubeda y Baeza
se salían otros tantos,
mozos deseosos de honra,
y los más enamorados.
En brazos de sus amigas
van todos juramentados
de no volver a Jaén
sin dar moro en aguinaldo.
La seña que ellos llevaban
es pendón rabo de gallo;
por capitán se lo llevan
al obispo don Gonzalo,
armado de todas armas,
en un caballo alazano:
todos se visten de verde,
el obispo azul y blanco.
Al castillo de la Guardia
el obispo había llegado
sáleselo a recibir
Mexía, el noble hidalgo:

—Por Dios te ruego, el obispo,
que no pasedes el vado,
porque los moros son muchos,
a la Guardia habían llegado;
muerto me han tres caballeros,
de que mucho me ha pesado:
el uno era tío mío,
el otro mi primo hermano,
y el otro es un pajecico
de los míos máspreciado.
Demos la vuelta, señores,
demos la vuelta a enterrallos,
haremos a Dios servicio,
honraremos los cristianos.—
Ellos estando en aquesto,
llegó don Diego de Haro:
—Adelante, caballeros,
que me llevan el ganado;
si de algún villano fuera,
ya lo hubiérades quitado;
empero alguno está aquí
que le place de mi daño;
no cumple decir quién es,
que es el del roquete blanco.—
El obispo, que lo oyera,
dió de espuelas al caballo;
el caballo era ligero,
saltado había un vallado;
mas al salir de una cuesta,

a la asomada de un llano,
vido mucha adarga blanca,
mucho albornoz colorado,
y muchos hierros de lanzas,
que relucían en el campo;
metídose había por ellos
como león denodado:
de tres batallas de moros
la una ha desbaratado,
mediante la buena ayuda
que en los suyos ha hallado:
aunque algunos de ellos mueren,
eterna fama han ganado.
Los moros son infinitos,
al obispo habían cercado;
cansado de pelear
lo derriban del caballo,
y los moros victoriosos
a su rey lo han presentado.

XVI

Al mismo asunto.

Ya se salen de Jaén
los trescientos hijosdalgo:
mozos codiciosos de honra,
pero más enamorados.
Por amor de sus amigas,

todos van juramentados
de llegar hasta Granada
y correrles todo el campo,
y no dar vuelta sin traer
algún moro en aguinaldo.
Un lunes por la mañana
parten todos muy lozanos,
con lanzas y con adargas
muy ricamente adrezados.
Todos visten oro y seda,
todos puñales dorados:
¡muy bravos caballos llevan
a la gineta ensillados!
Los jaeces son azules
de plata y oro broslados;
las reatas son listones
que sus damas les han dado.
Los mozos más orgullosos
son don Juan Ponce y su hermano;
y también Pedro de Torres,
Diego Gil y su cuñado.
En medio de todos iban
cuatro viejos muy ancianos;
estos van diciendo a todos:
—Perdémonos de livianos,
en querer ir a probar
donde hay moriscos doblados.—
Cuando esto oyó don Juan,
con gran enojo ha hablado:

—No debían ir en guerra
los hombres viejos cansados,
porque estorban los ardidos
y pónenlos embarazos:
si en Jaén queréis quedar,
quedaréis más descansados.—
Allí respondieron todos
de valientes y esforzados:
—No lo mande Dios del cielo
que de miedo nos volvamos,
que no queremos perder
la honra que hemos ganado.—
Llegados son a Granada,
dado han vuelta a todo el campo
ya que llevaban la presa,
de moros hueste ha asomado:
más de seis mil son de guerra,
que los estaban mirando.
Ven tocar los atambores,
ven pendones campeando,
ven poner los escuadrones
los de pie y los de caballo;
vieron mil moros mancebos,
tanto albornoz colorado;
vieron tanta yegua overa,
tanto caballo alazano,
tanta lanza con dos fierros,
tanto del fierro acerado,
tantos pendones azules

y de lunas plateados,
con tanta adarga ante pechos,
cada cual muy bien armado.
Los de Jaén esto viendo,
como mozos hijosdalgo,
parecióles que el huir
le sería mal contado:
aborreciendo las vidas
por no vivir deshonrados,
comenzaron a llamar
a voz alta, ¡Santiago!
y entráronse por los moros
con ánimo peleando.
Más han muerto de dos mil,
como leones, rabiando,
mas cargaron tantos moros,
que pocos han escapado:
doscientos y treinta y seis
han muerto y aprisionado,
por no seguir ni creer
los mozos a los ancianos.

XVII

Romance de Fajardo.

Jugando estaba el rey moro
y aun al ajedrez un día,
con aquesse buen Fajardo

con amor que le tenía.
Fajardo jugaba a Lorca,
y el rey moro Almería;
jaque le dió con el roque,
el alférez le prendía.
A grandes voces dice el moro:
—La villa de Lorca es mía. —
Allí hablara Fajardo,
bien oiréis lo que decía:
—Calles, calles, señor rey,
no tomes la tal porfía,
que aunque me la ganases,
ella no se te daría:
caballeros tengo dentro
que te la defenderían.—
Allí hablara el rey moro,
bien oiréis lo que decía:
—No juguemos más, Fajardo,
ni tengamos más porfía,
que sois tan buen caballero,
que todo el mundo os temía.

XVIII

De cómo el rey de Granada mandó prender al alcaide que perdió la plaza de Alhama, conquistada por el marqués de Cádiz.

—Moro alcaide, moro alcaide,
el de la barba vellida,

el rey os manda prender
porque Alhama era perdida.
—Si el rey me manda prender
porque es Alhama perdida,
el rey lo puede hacer;
mas yo nada le debía,
porque yo era ido a Ronda
a bodas de una mi prima,
y yo dejé cobro en Alhama,
el mejor que yo podía.
Si el rey perdió su ciudad,
yo perdí cuanto tenía:
perdí mi mujer y hijos,
la cosa que más quería.

XIX

Al mismo asunto.

—Moro alcaide, moro alcaide,
el de la vellida barba,
el rey te manda prender
por la pérdida de Alhama,
y cortarte la cabeza
y ponerla en el Alhambra,
porque a tí sea castigo
y otros tiemblen en miralla,
pues perdiste la tenencia
de una ciudad tan preciada.—

El alcaide respondía,
de esta manera les habla:
—Caballeros y hombres buenos,
los que regís a Granada,
decid de mi parte al rey
cómo no le debo nada;
yo me estaba en Antequera
en bodas de una mi hermana:
¡mal fuego queme las bodas
y quien a ellas me llamara!
El rey me dió su licencia,
que yo no me la tomara:
pedíla por quince días,
diómela por tres semanas.
De haberse Alhama perdido
a mí me pesa en el alma,
que si el rey perdió su tierra,
yo perdí mi honra y fama;
perdí hijos y mujer,
las cosas que más amaba;
perdí una hija doncella,
que era la flor de Granada.
El que la tiene cautiva,
marqués de Cádiz se llama:
cien doblas le doy por ella,
no me las estima en nada.
La respuesta que me han dado
es que mi hija es cristiana,
y por nombre le habían puesto

doña María de Alhama;
el nombre que ella tenía
mora Fátima se llama.—
Diciendo esto el alcaide
le llevaron a Granada,
y siendo puesto ante el rey,
la sentencia le fué dada:
que le corten la cabeza
y la lleven al Alhambra:
ejecutóse justicia,
así como el rey lo manda.

XX

Romance del rey moro que perdió Alhama.

Paseábase el rey moro
por la ciudad de Granada;
cartas le fueron venidas
como Alhama era ganada:
las cartas echó en el fuego,
y al mensajero matara.
Echó mano a sus cabellos,
y las sus barbas mesaba;
apeóse de una mula,
y en un caballo cabalga.
Mandó tocar sus trompetas,
sus añafles de plata,
porque lo oyesen los moros

que andaban por el arada.

Cuatro a cuatro, cinco a cinco,
juntado se ha gran batalla.

Allí habló un moro viejo,
que era alguacil de Granada:

—¿A qué nos llamaste, rey,
a qué fué nuestra llamada?

—Para que sepáis, amigos,
la gran pérdida de Alhama.

—Bien se te emplea, señor,
señor, bien se te empleaba,
por matar los Bencerrajes,
que eran la flor de Granada:
acogiste los judíos

de Córdoba la nombrada;
degollaste un caballero,
persona muy estimada;
muchos se te despidieron
por tu condición trocada.

—¡Ay si os pluguiese, mis moros,
que fuésemos a cobralla!

—Mas si, rey, a Alhama has de ir,
deja buen cobro a Granada,
y para Alhama cobrar
menester es grande armada,
que caballero está en ella
que sabrá muy bien guardalla.

—¿Quién es este caballero
que tanta honra ganara?

—Don Rodrigo es de León,
marqués de Cádiz se llama;
otro es Martín Galindo,
que primero echó el escala.—
Luego se van para Alhama,
que de ellos no se da nada;
combátenla prestamente,
ella está bien defensada.
De que el rey no pudo más,
triste se volvió a Granada.

XXI

Romance de la conquista de Alhama (5).

Paseábase el rey moro
por la ciudad de Granada,
desde la puerta de Elvira
hasta la de Vivarrambla.
Cartas le fueron venidas
cómo Alhama era ganada.

¡Ay de mi Alhama!
Las cartas echó en el fuego,
y al mensajero matara;
echó mano a sus cabellos
y las sus barbas mesaba;
apeóse de la mula
y en un caballo cabalga;

(5) "Flor nueva de Romances viejos". M. FIDAL.

por el Zacatín arriba
subido había a la Alhambra;
mandó tocar sus trompetas,
sus añafles de plata,
porque lo oyesen los moros
que andaban por el arada.

¡Ay de mi Alhama!

Cuatro a cuatro, cinco a cinco,
juntado se ha gran campaña.

Allí habló un viejo alfaquí,
la barba vellida y cana:

—¿Para qué nos llamas, rey,
a qué fué nuestra llamada?

—Para que sepáis, amigos,
la gran pérdida de Alhama.

¡Ay de mi Alhama!

—Bien se te emplea, buen rey,
buen rey, bien se te empleara;
mataste los bencerrajes,
que eran la flor de Granada;
cogiste los tornadizos
de Córdoba la nombrada.

Por eso mereces, rey,
una pena muy doblada,
que te pierdas tú y el reino
y que se acabe Granada.

¡Ay de mi Alhama!

XXII

Al mismo asunto.

Por la ciudad de Granada
el rey moro se pasea,
desde la puerta de Elvira
llegaba a la Plaza Nueva.
Cartas le fueron venidas
que le dan muy mala nueva:
que le habían ganado Alhama
con batalla y gran pelea.
El rey con aquestas cartas
grande enojo recibiera:
al moro que se la trajo
mandó cortar la cabeza.
Las cartas hizo pedazos
con la saña que le ciega:
descabalga de una mula
y cabalga en una yegua.
Por la cal de Zacatín
al Alhambra se subiera:
trompetas manda tocar
y las cajas de pelea,
porque lo oyeran los moros
de Granada y de la Vega.
Uno a uno, dos a dos
gran escuadrón se hiciera.

Cuando los tuviera juntos,
un moro allí le dijera:

—¿Para qué nos llamas, rey,
con trompa y caja de guerra?

—Habréis de saber, amigos,
que tengo una mala nueva;
que la mi ciudad de Alhama
ya del rey Fernando era:
los cristianos la ganaron
con muy crecida pelea.—

Allí habló un alfaquí,
de esta suerte le dijera:

—Bien se te emplea, buen rey,
buen rey, muy bien se te emplea:
mataste los Bencerrajes,
que eran la flor de esta tierra,
acogiste los tornadizos
que de Córdoba vinieran,
y me parece, buen rey,
que todo el reino se pierda,
y que se pierda Granada,
y que te pierdas con ella.

XXIII

*Romance de cómo, yendo el rey moro de Granada a
Almería, le mostró un tornadizo a nuestra señora.*

Ya se salía el rey moro

de Granada para Almería,
con trescientos moros perros
que lleva en su compañía.

Jugando van de la lanza
hendo van barraganía;
cada cual iba hablando
de las gracias de su amiga.

Allí habló un tornadizo,
que criado es en Sevilla:

—Pues que habéis dicho, señores,
decir quiero de la mía:

blanca es y colorada
como el sol cuando salía.—

Allí hablara el rey moro,
bien oiréis lo que decía:

—Tal amiga como aquesa
para mí pertenecía.

—Yo te la daré, buen rey,
si me otorgares la vida.

—Diésmela tú, el morico,
que otorgada te sería.

Echara mano a su seno,
sacó a la virgen María;
desque la vido el rey moro,
a la pared se volvía:

—Tomáme luego este perro,
y llevámelo a Almería:

tales prisiones le echá,
de ellas no salga en su vida.—

XXIV

Romance del Maestro.

Por la vega de Granada
un caballero pasea
en un caballo morcillo
ensillado a la gineta:
adarga trae embrazada,
la lanza traía sangrienta
de los moros que había muerto
antes de entrar en la Vega.
Los relinchos del caballo
dentro en el Alhambra suenan;
oídolo habían las damas
que están vistiendo a la reina:
salen de presto a mirar
por allí a ver quién pasea;
vieron que en su lado izquierdo
traía una cruz bermeja;
conocieron ser cristiano,
vanlo a decir a la reina.
La reina, cuando lo supo,
vistiérase muy de priesa;
acompañada de damas

asomóse a una azotea.
El Maestro la conoce,
bajado le ha la cabeza;
la reina le hace medida,
y las damas reverencia.
Con un paje que allí estaba
le envía a decir, ¿qué espera?
El Maestro le responde:
—Amigo, decí a su Alteza
que si caballero moro
hubiere que lo merezca,
que por servir a las damas
me venga a echar de la Vega.—
Oídolo ha Barbarín,
que quiere tomar la empresa;
las damas lo están armando,
mirándolo está la reina.
Muy gallardo sale el moro,
caballero en una yegua,
por las calles donde iba
va diciendo:—¡Muera, muera!—
Cuando fué junto al Maestro,
de esta suerte le dijera:
—Date por mi prisionero,
que a las damas y a la reina
he dejado prometido
de llevarles tu cabeza.
Si quieres ser mi captivo,



les quitaré la promesa.—
El Maestre le responde
con voz alta y muy modesta:
—Cumple, a ser buen caballero,
si tú quieres, tal empresa.—
Apártanse uno de otro
con diligencia y presteza,
juegan muy bien de las lanzas,
arman muy buena pelea.
El Maestre era más diestro,
al mōro muy mal hiriera:
el mōro desesperado
las espaldas le volviera.
El Maestre le da voces,
diciendo:—¡Cobarde, espera,
que te afrentarán las damas
si no cumples tu promesa!—
Y viendo que se le iba,
a más correr le siguiera,
enviándole con furia
la lanza por mensajera.
Acertádole había al mōro,
el mōro en tierra cayera;
apeádose ha el Maestre,
y cortóle la cabeza.
Con un paje se la envía
a la reina, que la espera,
con un recaudo que dice:

—Amigo, decí a la reina,
que pues el moro no cumple
la palabra que le diera,
que yo quedo en su lugar
para servir a su Alteza.

XXV

Romance del Maestre de Calatrava.

¡Ay Dios, qué buen caballero
el Maestre de Calatrava!
¡cuán bien que corre los moros
por la vega de Granada,
desde la puerta de Elvira
hasta la de Bibarrambla!
Con su brazo arremangado
arrojara la su lanza.
Aquesta injuria que hace
nadie osa demandalla;
cada día mata moros,
cada día los mataba
vega abajo, vega arriba,
¡oh, cómo los acosaba!
hasta a lanzadas metellos
por las puertas de Granada.
Tiénenle tan grande miedo
que nadie salir osaba,
nunca huyó a ninguno,
a todos los esperaba,

hasta que a espaldas vueltas
los hace entrar en Granada.
El rey con grande temor
siempre encerrado se estaba,
no osa salir de día,
de noche bien se guardaba.

XXVI

Del Maestre de Calatrava.

¡Ay Dios, qué buen caballero
el Maestre de Calatrava!
¡Oh cuán bien corre los moros
por la vega de Granada
con trescientos caballeros,
todos con cruz colorada,
desde la puerta del Pino
hasta la Sierra Nevada!
Por esa puerta de Elvira
arrojara la su lanza:
las puertas eran de hierro,
de banda a banda las pasa,
que no hay un moro tan fuerte
que a demandárselo salga.
Oídolo ha Albayaldos
en sus tierras donde estaba;
arma fustas y galeras,
por la mar gran gente armaba,
sáleselo a recibir
el rey Chico de Granada.

—Bien vengáis vos, Albayaldos,
buena sea vuestra llegada:
si venís a ganar sueldo,
daros he paga doblada,
y si venís por mujer,
dárosla he muy galana.

—Muchas gracias, el buen rey,
por merced tan señalada,
que no vengo por mujer,
que la mía me bastaba;
mas sí porque me dijeron,
allende el mar donde estaba,
que ese malo del Maestre
tiene cercada a Granada,
y por servirte, buen rey,
traigo yo toda esta armada.

—La verdad, dijo el rey moro,
la verdad te fué contada,
que no hay moro en esta tierra
que lo espere cara a cara,
sino fuere el buen Escado
que era alcaide del Alhama;
y una vez que le saliera
¡caro le costó a Granada!
veinte mil hombres llevó,
y ninguno no tornara;
él encima de una yegua
muy herido se escapaba.

—¡Oh mal hubiese Mahoma
allá do dicen que estaba,

cuando un fraile capilludo
arrojó en Granada lanza!
Diésedesme tú, buen rey,
la gente que buena estaba,
los ginetes de Jaén,
los peones de tu casa,
que ese malo del Maestre
yo te lo traeré a Granada.
—Calles, calles, Albayaldos,
no digas la tal palabra,
dijo un moro, que el Maestre
es muy fuerte en las batallas,
y si él en campo te toma
haráte temblar la barba.—
Respondiérale Albayaldos
una muy fea palabra:
—¡Si no fuera por el rey
diérate una bofetada!
—Esa bofetada, moro,
fuérate muy bien vengada,
que tres hijos tengo alcaldes
en el reino de Granada:
el uno tengo en Guadix
y el otro lo tengo en Baza,
y el otro le tengo en Lorca,
esa villa muy nombrada,
y a mí, porque era muy viejo,
entregáronme al Alhama;
y porque veas, perro moro,
si te fuera bien vengada.—

El buen rey los puso en paz,
que ninguno más no habla
sino Albayaldos, que pide
licencia le sea dada,
porque con sola su gente
quiere cumplir su palabra.
El rey se la concedió:
mucho gente le acompaña.
Por los campos de Jaén
todo el ganado robaba,
muchas vacas, mucha oveja,
y el pastor que lo guardaba,
mucho cristiano mancebo
y mucha linda cristiana.
A la pasada de un río,
junto a la orilla del agua
soltádosele ha un pastor
de los que presos llevaba.
Por las puertas de Jaén
al Maestre voces daba:
—¿Dónde estás tú, el Maestre?
¿Qué es de tu noble compañía?
Hoy pierdes toda tu gloria,
y Albayaldos se la gana.—
Oídolo ha el Maestre,
en sus palacios do estaba.
—Calles, calles tú, el pastor,
no digas la tal palabra,
que si hoy pierdo mi gloria,
mañana será ganada.

¡Al arma, mis caballeros,
todo hombre, sús, al arma!—
Luego que en campo se vido,
a los suyos esforzaba;
a la bajada de un valle
por cima de una asomada
vió como iba Albayaldos.
El Maestro que los viera,
de esta suerte razonaba:
—A ellos, mis caballeros,
que ninguno se nos vaya.—
Pone piernas al caballo
y aprieta muy bien su lanza;
al primero que encontró
en tierra muerto le echara.
Andando en esta refriega
con Albayaldos topara:
con la fuerza del Maestro
Albayaldos se desmaya.
Cae muerto del caballo,
y así su vida acabara.
Los suyos cuando esto vieron,
cada cual a huir se daba.

XXVII

Al mismo asunto.

¡Ay Dios, qué buen caballero
el Maestre de Calatrava!
¡Qué bien que corre los moros
por la vega de Granada,
dende la puerta de Quiros
hasta la Sierra Nevada!
Trescientos comendadores,
todos de cruz colorada;
dende la puerta de Quiros
les va arrojando la lanza.
Las puertas eran de pino,
de banda a banda las pasa:
tres moricos dejó muertos
de los buenos de Granada,
que el uno ha nombre Alanese,
el otro Agameser se llama,
el otro ha nombre Gonzalo,
hijo de la renegada.
Sabido lo ha Albayaldos
en un paso que guardaba.

XXVIII

Romance de la muerte de Albayaldos.

¡Santa Fe, cuán bien pareces
en los campos de Granada;
que en ti están duques y condes,
muchos señores de salva,
en ti estaba el buen Maestre
que dicen de Calatrava,
éste a quien temen los moros,
esos moros de Granada,
y aquese que los corría,
picándolos con su lanza,
desde la puente de Pinos
hasta la Sierra-Nevada,
y después de bien corrida
da la vuelta por Granada.
Hasta las puertas de Elvira
llegó a hincar su lanza;
las puertas eran de pino,
de claro en claro las pasa.
Sacábales los captivos
que estaban en la barbacana,
tómales los bastimentos
que vienen para Granada.
No tienen ningún moro
que a demandárselo salga,

si no fuera un moro viejo
que Penatilar se llama,
que salió con dos mil moros,
y volvió huyendo a Granada.
Sabido lo ha Albayaldos
allá allende do estaba,
hiciera armar un navío,
pasara la mar salada.
Sálenselo a recibir
esos moros de Granada,
allá se lo aposentaban
en lo alto de la Alhambra.
Ibaselo a ver el rey,
el rey Alijar de Granada:
—Bien vengades, Albayaldos,
buena sea vuestra llegada.
Si venís a ganar sueldo,
dároslo he de buena gana,
y si venís por mujer,
dárseos ha la más lozana;
de tres hijas que yo tengo,
dárseos ha la más gallarda.
—¡Mahoma te guarde, el rey,
Alá sea en la tu guarda!
que no vengo a ganar sueldo,
que en mis tierras lo pagaba;
ni vengo a tomar mujer,
porque yo casado estaba;
mas una nueva es venida
de la cual a mí pesaba,

que vos corría la tierra
el Maestre de Calatrava,
y que sin ningún temor
hasta la ciudad llegaba,
y que por la puerta de Elvira
atestaba la su lanza,
y que nadie de vosotros
demandárselo osaba.

A esto vengo yo, el rey,
a esto fué mi llegada,
para prender al Maestre,
y traelle por la barba.—

Allí habló luego un moro
que era alguacil de Granada:

—Calles, calles, Albayaldos,
no digas la tal palabra,
que si vieses al Maestre
temblar te hía la barba,
porque es muy buen caballero
y esforzado en la batalla.—

Cuando lo oyó Albayaldos,
enojadamente habla:

—Calles, calles, perro moro,
si no darte he una bofetada,
porque yo soy caballero,
y cumpliré mi palabra.

—Si me la das, Albayaldos,
serte ha bien demandada.—

El rey desque vió esto
el guante en medio arrojara:

—Callede vos, alguacil,
no se os debe dar nada,
que Albayaldos es mancebo;
no miró lo que hablaba.—
Allí hablara Albayaldos,
al rey de esta suerte habla:
—Dédesme vos dos mil moros,
los que a mí me agradaban,
y a ese fraile capilludo
yo os le traeré por la barba.—
Diérale el rey dos mil moros,
lo que él le señalara:
todos los toma mancebos,
casado no le agradaba.
Sabídolo ha el Maestre
allá en San Fe do estaba,
salióselos a recibir
por aquella vega llana
con quinientos comendadores,
que entonces más no alcanzaba.
A los primeros encuentros
un comendador a pie anda;
Avendaño había por nombre,
Avendaño se llamaba.
Punchándole anda Albayaldos
con la punta de la lanza,
a grandes voces diciendo,
con su lanza ensangrentada:
—¡Date, date, capilludo,
a la casa de Granada.

—¡Ni por vos, el moro perro,
ni por la vuestra compañía!—
Ellos en aquesto estando,
el Maestre que allegaba,
a grandes voces diciendo:
—¡Santiago! y ¡Calatrava!—
Alzase en los estribos,
y la lanza le arrojaba;
dióle por el corazón,
salido le había a la espalda.
Como ovejas sin pastor
que andan descaminadas,
así andaban los moros
desque Albayaldos faltara,
que de dos mil y quinientos
treinta solos escaparan,
los cuales vuelven huyendo,
y se encierran en Granada.
Bien lo ha visto el rey moro
de las torres donde estaba;
si miedo tenía de antes,
mucho más allí cobrara.

XXIX

Romance del moro Alatar.

De Granada parte el moro
que Alatar se llamaba,
primo hermano de Bayaldos,

el que el Maestre matara,
caballero en un caballo
que de diez años pasaba:
tres cristianos se le curan
y él mismo le da cebada.
Una lanza con dos hierros
que de treinta palmos pasa:
hízola aposta el moro
para bien señorealla;
una adarga ante sus pechos
toda muza y cotellada,
una toca en su cabeza
que nueve vueltas le daba:
los cabos eran de oro,
de oro y seda de Granada;
lleva el brazo arremangado,
sola la mano alhedaña.
Tan sañudo iba el moro,
que bien demuestra su saña,
que mientras pasa la puente,
jamás a Darro mirara.
Rogando iba a Mahoma,
y Alá le suplicaba,
le demuestre algún cristiano
en que sangriente su lanza.
Camino va de Antequera,
parecía que volaba:
solo va sin compañía
con una furiosa saña.
Antes que llegue a Antequera,

vido una seña cristiana;
vuelve riendas al caballo
y para allá le guiaba:
la lanza iba blandiendo,
parecía que la quebraba.
Sáleselo a recibir
el Maestre de Calatrava,
caballero en una yegua
que ese día la ganara,
con esfuerzo y valentía
a ese alcaide del Alhama;
armado de todas armas,
hermoso se divisaba;
una veleta traía
en una lanza acerada.
Arremete el uno al otro,
el moro gran grito daba:
—¡Por Alá, perro cristiano,
te prenderé por la barba!
Y el Maestre entre sí mesmo
a Jesús se encomendaba.
Ya andaba cansado el moro,
su caballo ya cansaba;
el Maestre, que es valiente,
muy gran esfuerzo tomara.
Acometió recio al moro,
la cabeza le cortara;
el caballo, que era bueno,
al rey se lo presentara,

la cabeza en el arzón,
porque supiese la causa.

XXX

Romance de cómo fué preso el rey Chiquito de Granada, y después rescatado.

Junto al vado de Genil,
por un camino seguido
viene un moro de a caballo,
de polvo y sangre teñido,
corriendo a todo correr
como el que viene huído.
Llegado junto a Granada,
da gran grito y alarido,
publicando malas nuevas
de un caso que ha acontecido:
—Que se perdió el rey Chiquito
y los que con él han ido,
y que no escapó ninguno,
preso, muerto o mal herido;
que de cuantos allí fueron
yo solo me he guarecido,
a traer nueva tan triste
del gran mal que ha sucedido.
Los que a vuestro rey vencieron
sabed, si no habéis sabido,
que fué aquel Diego Hernández,
de Córdoba es su apellido,

alcaide de los donceles,
hombre sabio y atrevido,
y aquel gran conde de Cabra
que en su ayuda ha venido,
y éste venció la batalla
y aquel trance tan reñido;
y otro, Lope de Mendoza,
que de Cabra había salido,
que andaba entre los peones
como un león atrevido.
Y sabed que el rey no es muerto,
mas que está en prisión metido,
que la vida ir en trailla
con acto muy abatido,
y llevábanlo a Lucena,
junto adonde fué vensido.—
Lloraba toda Granada
con grande llanto y gemido;
lloraban mozos y viejos
con algazara y ruido;
lloraban todas las moras
un llanto muy dolorido;
mesan sus cabellos negros,
desgarrando sus vestidos;
arrañadas blancas caras
y sus rostros tan lucidos:
unas por padres y hijos,
otras hermano o marido;
lloran tanto caballero
como allá se hubo perdido;

lloraban por su buen rey
tan amado y tan querido.
Queréllanse de Mahoma,
que así ha desfavorecido
a su ejército y su rey,
que fuese así destruído,
prometiendo todas sus joyas,
para que sea redimido,
sus ajorcas y tejillos,
atutes de oro subido,
y con estas y otras cosas,
dar su rescate cumplido.

XXXI

Llegan nuevas a Granada de que el ejército cristiano se aproxima para sitiarla.

Mensajeros le han entrado
al rey Chico de Granada;
entran por la puerta Elvira
y paran en el Alhambra.
Ese que primero llega
Mohamad Cegrí se llama;
herido viene en el brazo
de una muy mala lanzada;
y así como ante él llegó,
de esta manera le habla,
con el rostro demudado,
de color muy fría y blanca:

—Nuevas te traigo, señor,
y una muy mala embajada:
por ese fresco Genil
muchas gente viene armada,
sus banderas traen tendidas,
puestos a son de batalla,
un estandarte dorado
en el cual viene bordada
una muy hermosa cruz,
que más relumbra que plata,
y un Cristo crucificado
traía por cada banda.
General de aquella gente
el rey Fernando se llama;
todos hacen juramento
en la imagen figurada,
de no salir de la vega
hasta ganar a Granada;
y con esta gente viene
una reina muy preciada,
llamada doña Isabel,
de grande nobleza y fama.
Veisme aquí, que herido vengo
agora de una batalla,
que entre cristianos y moros
en la vega fué trabada:
treinta Cegríes quedan muertos,
pasados por el espada
de cristianos Bencerrajes
con braveza no pensada,

con otros acompañados
de la cristiana mesnada.
Hicieron aqueste estrago
en la vega de Granada:
perdóname por Dios, rey,
que no puedo hablar palabra,
que me siento desmayado
de la sangre que me falta.—
Estas palabras diciendo,
el Cegrí allí se desmaya:
de esto quedó triste el rey,
y no pudo hablar palabra.
Quitaron de allí al Cegrí,
y lleváronle a su casa.

XXXII

Al mismo asunto.

Al rey Chico de Granada
mensajeros le han entrado;
entran por la puerta Elvira,
y en el Alhambra han parado.
Ese que primero llega
es ese Cegrí nombrado,
con una marlota negra,
señal de luto mostrando.
Las rodillas por el suelo,
de esta manera ha hablado:
—Nuevas te traigo, señor,

de dolor en sumo grado:
por este fresco Genil
un campo viene marchaño,
todo de lucida gente;
las armas van relumbrando.
Las banderas traen tendidas,
y un estandarte dorado.
El general de esta gente
se llama el rey don Fernando:
en el estandarte traen
un Cristo crucificado.
Todos hacen juramento
morir por el Figurado,
y no salir de la vega,
ni atrás volver un paso
hasta ganar a Granada
y tenerla a su mandado.
Y también viene la reina,
mujer del rey don Fernando,
la cual tiene tanto esfuerzo,
que anima a cualquier soldado.
Yo vengo herido, buen rey,
un brazo traigo pasado,
y un escuadrón de tus moros
ha sido desbaratado;
todo el campo de Alhendin
queda roto y saqueado.—
Estas palabras diciendo,
cayó el Cegrí desmayado:
mucho lo sintió el rey moro;

del gran dolor ha llorado.
Quitaron de allí al Cegrí
y a su casa lo llevaron.

XXXIII

De Garcilaso de la Vega.

Cercada está Santa Fe
con mucho lienzo encerado,
al derredor muchas tiendas
de seda, oro y brocado,
donde están duques y condes,
señores de grande estado,
y otros muchos capitanes
que lleva el rey don Fernando,
todos de valor crecido,
como ya habréis notado
en la guerra que se ha hecho
contra el granadino estado;
cuando a las nueve del día
un moro se ha demostrado
encima un caballo negro
de blancas manchas manchado
cortados ambos hocicos,
porque lo tiene enseñado
el moro que con sus dientes
despedace a los cristianos.
El moro viene vestido
de blanco, azul y encarnado,

y debajo esta librea
trae un muy fuerte jaco,
y una lanza con dos hierros
de acero muy bien templado,
y una adarga hecha en Fez
de un arte rico estimado.
Aqueste perro, con befa
en la cola del caballo,
la sagrada Ave María
llevaba, haciendo escarnio.
Llegando junto a las tiendas,
de esta manera ha hablado:
—¿Cuál será aquel caballero
que sea tan esforzado
que quiera hacer conmigo
batalla en aqueste campo?
Salga uno, salgan dos,
salgan tres o salgan cuatro:
el alcaide de los donceles
salga, que es hombre afamado,
salga ese conde de Cabra,
en guerra experimentado;
salga Gonzalo Fernández,
que es de Córdoba nombrado,
o si no, Martín Galindo,
que es valeroso soldado;
salga ese Portocarrero,
señor de Palma nombrado,
o el bravo don Manuel
Ponce de León llamado,

aquel que sacara el guante
que por industria fué echado
donde estaban los leones,
y él le sacó muy osado;
y si no salen aquestos,
salga el mismo rey Fernando,
que yo le daré a entender
si soy de valor sobrado.—
Los caballeros del rey
todos le están escuchando:
cada uno pretendía
salir con el moro al campo.
Garcilaso estaba allí,
mozo gallardo, esforzado;
licencia le pide al rey
para salir al pagano.
—Garcilaso, sois muy mozo
para emprender este caso;
otros hay en el real
para poder encargarlo.—
Garcilaso se despide
muy confuso y enojado,
por no tener la licencia
que al rey había demandado.
Pero muy secretamente
Garcilaso se había armado,
y en un caballo morcillo
salido se había al campo.
Nadie le ha conocido,
porque sale disfrazado;

fuése donde estaba el moro,
y de esta suerte le ha hablado:
—¡Ahora verás, el moro,
si tiene el rey don Fernando
caballeros valerosos
que salgan contigo al campo!
Yo soy el menor de todos,
y vengo por su mandado.—
El moro cuando le vió
en poco le había estimado,
y dijole de esta suerte:
—Yo no estoy acostumbrado
a hacer batalla campal
sino con hombres barbados:
vuélvete, rapaz, le dice,
y venga el más estimado.—
Garcilaso con enojo
puso piernas al caballo;
arremetió para el moro,
y un gran encuentro le ha dado.
El moro que aquesto vió,
revuelve así como un rayo:
comienzan la escaramuza
con un furor muy sobrado.
Garcilaso, aunque era mozo,
mostraba valor sobrado;
dióle al moro una lanzada
por debajo del sobaco:
el moro cayera muerto,
tendido le había en el campo.

Garcilaso con presteza
del caballo se ha apeado:
cortárale la cabeza
y en el arzón la ha colgado:
quitó el Ave María
de la cola del caballo:
hincado de ambas rodillas,
con devoción la ha besado,
y en la punta de su lanza
por bandera la ha colgado.
Subió en su caballo luego,
y el del moro había tomado.
Cargado de estos despojos,
al real se había tornado,
do estaban todos los grandes,
también el rey don Fernando.
Todos tiene a grandeza
aquel hecho señalado;
también el rey y la reina
mucho se han maravillado
en ser Garcilaso mozo
y haber hecho un tan gran caso;
Garcilaso de la Vega
desde allí se ha intitulado,
porque en la Vega hiciera
campo con aquel pagano.

XXXIV

De D. Manuel Ponce de León.

—¿Cuál será aquel caballero
de los míos máspreciado,
que me traiga la cabeza
de aquel moro señalado
que delante de mis ojos
a cuatro ha lanceado,
pues que las cabezas trae
en el pretal del caballo?—
Oídolo ha don Manuel,
que andaba allí paseando,
que de unas viejas heridas
no estaba del todo sano.
Aprieta pide las armas,
y en un punto fué armado,
y por delante el corredor
va arremetiendo el caballo.
Con la gran fuerza que puso,
la sangre le ha reventado:
gran lástima le han las damas
de velle que va tan flaco.
Ruéganle todos que vuelva;
mas él no quiere aceptarlo.
Derecho va para el moro,
que está en la plaza parado.

El moro desde que lo vido,
de esta manera ha hablado:
—Bien sé yo, don Manuel,
que vienes determinado,
y es la causa conocerme
por las nuevas que te han dado;
mas, porque logres tus días,
vuélvete y deja el caballo,
que soy yo el moro Muza,
ese moro tan nombrado:
soy de los Almoradíes,
de quien el Cid ha temblado.
—Yo te lo agradezco, moro,
que de mí tengas cuidado,
que pues las damas me envían,
no volveré sin recaudo.—
Y sin hablar más razones,
entrambos se han apartado,
y a los primeros encuentros
el moro deja el caballo,
y puso mano a un alfanje,
como valiente soldado.
Fuése para don Manuel,
que ya le estaba aguardando;
mas don Manuel, como diestro,
la lanza le había terciado.
Vara y media queda fuera,
que le queda blandiendo,
y desde muerto lo vido,
apeóse del caballo.

Cortádole ha la cabeza,
y en la lanza la ha hincado,
y por delante las damas
al buen rey la ha presentado.

XXXV

Romance de don Alonso de Aguilar

Estando el rey don Fernando
en conquista de Granada
con valientes capitanes
de la nobleza de España:
armados estaban todos
de ricas y fuertes armas.
El rey los llama en su tienda
un lunes por la mañana.
Desque los tuviera juntos,
de esta manera les habla:
—¿Cuál será aquel caballero
que, por ensalzar su fama,
mostrando su gran esfuerzo
sube a la sierra mañana?—
Unos a otros se miran,
el sí ninguno le daba,
que la ida es peligrosa,
mucho más es la tornada;
con el temor que tienen
a todos tiembla la barba.
Levantóse don Alonso

que de Aguilar se llamaba.
—Yo subiré allá, buen rey,
desde ahora lo aceptaba;
tal empresa como aquesa
para mí estaba guardada.
Quiero morir o vencer
aquesa gente pagana:
que si Dios me da salud
la injuria será vengada.—
Armóse luego ante el rey
de las sus armas preciadas;
saltó sobre un gran caballo,
y su escudo embrazara;
gruesa lanza con dos hierros
en la su mano llevaba.
Valiente va don Alonso,
su esfuerzo gran temor daba;
van con él sus caballeros,
toda su noble compañía.
Entre moros y cristianos
se traba cruel batalla:
los moros, como son muchos,
a los cristianos maltratan.
Huyendo van los cristianos,
huyendo por una playa.
Esfuézalos don Alonso
diciendo tales palabras:
—¡Vuelta, vuelta, caballeros,
vuelta, vuelta a la batalla!
que aunque ellos eran muchos,

cobarde es el que desmaya.
Acordaos del gran esfuerzo
de la gente castellana.
Mejor es aquí morir
ejercitando las armas,
que no vivir con deshonra
con vida tan aviltada:
que muriendo viviremos,
pues vivirá nuestra fama,
que la vida presto muere,
la honra mucho duraba. —
Con estas palabras todos
muy gran esfuerzo tomaban;
murieron como valientes,
ninguno con vida escapa.
Solo queda don Alonso,
el cual, blandiendo su lanza,
se mete entre los moros
con crecida y grande saña:
a muchos quita la vida,
a otros muy mal los llaga.
En torno lo cercan moros
con grita y gran algazara.
Tantos moros tiene muertos,
que sus cuerpos lo amparaban.
Cércanlo de todas partes,
muy malamente lo llagan;
siete lanzadas tenía,
todas el cuerpo le pasan.
Muerto yace don Alonso,

su sangre la tierra baña.
Llorando está, llorando
una captiva cristiana
que cuando niño pequeño
a sus pechos le criara.
Estaba cerca del cuerpo
arañando la su cara;
tanto llora la captiva,
que de llorar se desmaya,
y después de vuelta en sí
con don Alonso se abraza,
besaba el cuerpo defunto,
en lágrimas lo bañaba,
torcía sus blancas manos,
los ojos al cielo alzaba,
los gritos que estaba dando
junto a los cielos llegaban,
las lástimas que decía
los corazones traspasan:
—¡Don Alonso, don Alonso!
¡Dios perdone la tu alma!
que te mataron los moros,
los moros del Alpujarra:
no se tiene por buen moro
quien no te daba lanzada.
Lloren todos como yo,
lloren tu muerte temprana
llórete el rey don Fernando
tu vida poco lograda,
llore Aguilar y Montilla,



tal señor como le matan,
lloren todos los cristianos
pérdida tan lastimada;
llore ese Gran Capitán
pérdida tan señalada,
que muerte de tal hermano
razón es, la gima y plaña:
que tu esfuerzo tan crecido
esta muerte te causara.
Dechado tomen los buenos
para tomar noble fama,
pues murió como valiente,
y no en regalos de damas;
murió como caballero,
matando gente pagana.—
Y estas palabras diciendo,
otra vez se traspasaba.
Llegó allí un moro viejo,
la barba crecida y cana.
—No quiera Alá, dijo a voces,
a ti más ofensa se haga.—
Echó mano a un alfanje,
la cabeza le cortara;
tomóla por los cabellos,
para su rey la llevaba,
diciendo:—Tal caballero
esforzado y de tal fama,
no es justo siendo muerto,
que tal baldón se le haga.—
El rey moro que lo vido,

gran pesar de ello cobrara;
el cuerpo manda traer
de allí donde muerto estaba.
Enviólo al rey don Fernando,
y la cabeza cortada;
el rey hubo gran placer
en que muerto le cobraba,
que puesto que allí muriera,
su fama siempre volaba.

XXXVI

Al mismo asunto.

Estando el rey don Fernando
en conquista de Granada,
donde están duques y condes
y otros señores de salva,
con valientes capitanes
de la nobleza de España,
desque la hubo ganado,
a sus capitanes llama.
Cuando los tuviera juntos,
de esta manera les habla:
—¿Cuál de vosotros, amigos,
irá a la sierra mañana
a poner el mi pendón
encima del Alpujarra?—
Mirábanse unos a otros,
y ninguno el sí le daba,

que la ida es peligrosa
y dudosa la tornada,
y con el temor que tienen,
a todos tiembla la barba,
si no fuera a don Alonso
que de Aguilar se llamaba.
Levantóse en pie ante el rey;
de esta manera le habla:
—Aquesta empresa, señor,
para mí estaba guardada,
que mi señora la reina
ya me la tiene mandada.—
Alegróse mucho el rey
por la oferta que le daba.
Aun no era amanecido
don Alonso ya cabalga
con quinientos de a caballo,
y mil infantes llevaba.
Comienza a subir la sierra
que llamaban la Nevada.
Los moros que lo supieron
ordenaron gran batalla,
y entre ramblas y mil cuevas
se pusieron en parada.
La batalla se comienza
muy cruel y ensangrentada;
porque los moros son muchos,
tienen la cuesta ganada:
aquí la caballería
no podía hacer nada,

y así con grandes peñascos
fué en un punto destrozada.
Los que escaparon de aquí
vuelven huyendo a Granada.
Don Alonso y sus infantes
subieron a una llanada;
aunque quedan muchos muertos
en una rambla y cañada,
tantos cargan de los moros,
que a los cristianos mataban.
Sólo queda don Alonso,
su compañía es acabada:
pelea como un león,
mas su esfuerzo vale nada,
porque los moros son muchos
y ningún vagar le daban.
En mil partes ya herido,
no puede mover la espada;
de la sangre que ha perdido
don Alonso se desmaya.
Al fin cayó muerto en tierra,
a Dios rindiendo su alma:
no se tiene por buen moro
el que no le da lanzada.
Lleváronle a un lugar
que es Ojicar la nombrada;
allí le vienen a ver
como a cosa señalada.
Míranle moros y moras,
de su muerte se holgaban.

Llorábale una cautiva,
una cautiva cristiana,
que de chiquito en la cuna
a sus pechos le criara.
A las palabras que dice,
cualquiera mora lloraba:
—Don Alonso, don Alonso,
Dios perdone la tu alma,
que te mataron los moros,
los moros del Alpujarra.

XXXVII

Romance de Sayavedra.

¡Río-Verde, Río-Verde,
más negro vas que la tinta!
entre tí y Sierra-Bermeja
murió gran caballería.
Mataron a Ordiales,
Sayavedra huyendo iba;
con el temor de los moros
entre un jaral se metía.
Tres días, ha con sus noches,
que bocado no comía;
aquejábale la sed
y la hambre que tenía.
Por buscar algún remedio
al camino se salía:
visto lo habían los moros

que andan por la Serranía.
Los moros desde que lo vieron,
luego para él se venían.
Unos dicen:—;Muera, muera!
otros dicen:—;Viva, viva!
Tómanle entre todos ellos;
bien acompañado iba.
Allá le van a presentar
al rey de la morería.
Desde que el rey moro lo vido
bien oiréis lo que decía:
—¿Quién es ese caballero
que ha escapado con la vida?
—Sayavedra es, señor,
Sayavedra el de Sevilla,
el que mataba tus moros
y tu gente destruía,
el que hacía cabalgadas
y se encerraba en su manida.—
Allí hablara el rey moro,
bien oiréis lo que decía:
—Dígame tú, Sayavedra,
si Alá te alargue la vida,
si en tu tierra me tuvieses,
¿qué honra tú me harías?—
Allí habló Sayavedra,
de esta suerte le decía:
—Yo te lo diré, señor,
nada no te mentiría:
si cristiano te tornases,

grande honra te haría;
y si así no lo hicieses,
muy bien te castigaría:
la cabeza de los hombros
luego te la cortaría.

—Calles, calles, Sayavedra,
cese tu malenconía;
tórnate moro si quieres,
y verás qué te daría.

Darte he villas y castillos,
y joyas de gran valía.—

Gran pesar ha Sayavedra
de esto que decir oía:

Con una voz rigurosa,
de esta suerte respondía:

—Muera, muera, Sayavedra;
la fe no renegaría,
que mientras vida tuviere,
la fe yo defendería.—

Allí hablara el rey moro,
y de esta suerte decía:

—Prendeldo, mis caballeros,
y dél me haced justicia.—

Eché mano a su espada,
de todos se defendía;

mas como era uno solo,
allí hizo fin su vida.

XXXVIII

Al mismo asunto.

¡Río-Verde, Río-Verde!
tinto vas en sangre viva;
entre tí y Sierra-Bermeja
murió gran caballería.
Murieron duques y condes,
señores de gran valía;
allí murió Urdiales,
hombre de valor y estima.
Huyendo va Sayavedra
por una ladera arriba;
tras dél iba un renegado,
que muy bien lo conocía.
Con algazara muy grande,
de esta manera decía:
—Date, date, Sayavedra,
que muy bien te conocía:
bien te vide jugar cañas
en la plaza de Sevilla,
y bien conocí tus padres
y a tu mujer doña Elvira.
Siete años fuí tu cautivo,
y me diste mala vida;
ahora lo serás mío
o me ha de costar la vida.—

Sayavedra, que lo oyera,
como un león revolvió;
tiróle el moro un cuadrillo,
y por alto hizo vía.
Sayavedra con su espada
duramente lo hería:
cayó muerto el renegado
de aquella gran herida;
cercaron a Sayavedra
más de mil moros que había;
hiciéronle mil pedazos
con saña que dél tenían.
Don Alonso en este tiempo
muy gran batalla hacía:
el caballo le habían muerto,
por muralla le tenía,
y arrimado a un gran peñón
con valor se defendía.
Muchos moros tiene muertos;
mas muy poco le valía,
porque sobre él cargan muchos
y le dan grandes heridas,
tantas, que allí cayó muerto
entre la gente enemiga.
También el conde de Ureña,
mal herido en demasía,
se sale de la batalla,
llevado por una guía
que sabía bien la senda,
que de la sierra salía;

muchos moros deja muertos,
por su grande valentía.
También algunos se escapan
que al buen conde le seguían.
Don Alonso quedó muerto,
recobrando nueva vida
con una fama inmortal
de su esfuerzo y su valía.

XXXIX

Al mismo asunto.

¡Río-Verde, Río-Verde!
¡cuánto cuerpo en ti se baña
de cristianos y de moros
muertos por la dura espada!
Y tus ondas cristalinas
de roja sangre se esmaltan;
entre moros y cristianos
se trabó muy gran batalla.
Murieron duques y condes,
grandes señores de salva,
murió gente de valía,
de la nobleza de España.
En ti murió don Alonso,
que de Aguilar se llamaba;
el valeroso Urdiales
con don Alonso acababa.
Por una ladera arriba

el buen Sayavedra marcha:
natural es de Sevilla,
de la gente más granada;
tras dél iba un renegado,
de esta manera le habla:
—Date, date, Sayavedra,
no huigas de la batalla;
yo te conozco muy bien;
gran tiempo estuve en tu casa,
y en la plaza de Sevilla
bien te vide jugar cañas;
conozco tu padre y madre
y a tu mujer doña Clara.
Siete años fuí tu cautivo;
malamente me tratabas,
y ahora lo serás mío,
si Mahoma me ayudara,
y tan bien te trataré
como tú a mí me tratabas.—
Sayavedra, que lo oyera,
al moro volvió la cara.
Tiróle el moro una flecha,
pero nunca le acertara;
mas hirióle Sayavedra
de una herida muy mala.
Muerto cayó el renegado,
sin poder hablar palabra.
Sayavedra fué cercado
de mucha mora canalla,
y al cabo quedó allí muerto

de una muy mala lanzada.
Don Alonso en este tiempo
bravamente peleaba;
el caballo le habían muerto
y lo tiene por muralla;
mas cargan tantos de moros,
que mal lo hieren y tratan;
de la sangre que perdía,
don Alonso se desmaya:
al fin, al fin, cayó muerto,
al pie de una peña alta.
También el conde de Ureña,
mal herido, se escapaba,
guiábalo un adalid,
que sabe bien las entradas.
Muchos salen tras el conde,
que le siguen las pisadas:
muerto quedó don Alonso,
eterna fama ganara.

XL

La toma de Galera.

Mastredajes, marineros
de Huéscar y otro lugar
han armado una galera
que no la hay tal en la mar.
No tiene velas ni remos,
y navega, y hace mal,

el castillo de la popa
tiene muy bien que mirar.
La carena es una peña
muy fuerte para espantar;
¡quien pudo galafatarla,
bien sabe galafatar!
No lleva estopa ni brea,
y el agua no puede entrar,
sino por escotillón,
hecho a costa principal.
Marinero que la rige
sarracino es natural,
criado acá en nuestra España
por su mal y nuestro mal:
Abenhozmin ha por nombre,
y es hombre de gran caudal.
Confiado en su Galera,
va diciendo este cantar:

“¡Galera, la mi Galera,
“Dios te me guarde de mal,
“de los peligros del mundo,
“y del príncipe don Juan,
“y de su gente española,
“que te viene a conquistar!
“Si de este golfo me sacas
“delante pienso pasar
“a la vuelta de Toledo,
“Madrid y El Escorial:
“el Pardo y Aranjuez

“los presumo visitar,
“y llegar a las Asturias,
“do otra vez pudo llegar
“Abenhozmin mi pasado,
“que vino de allende el mar,
“ y poseyó las Españas
“casi mil años o más.”

Estas palabras diciendo,
la galera fué a encallar;
no puede ir adelante,
ni puede volver atrás.
Cristianos la rodearon
para haberla de tomar;
toda es gente belicosa,
con ellos el gran don Juan.
Comienzan de combatirla,
y ella quiere pelear
sin darse a ningún partido,
antes quiere allí acabar.
Fuertemente la combate
el de Austria sin la dejar;
con cañones reforzados
comienza a cañonear.
Poco vale combatirla,
que es fuerte para espantar,
hasta que la arrojan dentro
pólvora, fuego, alquitrán,
con que la dan cruda guerra,
y al fin la hacen volar:

así acabó esta galera
sin poder más navegar.

XLI

Moriana cautiva (6).

Moriana en un castillo
con ese moro Galván
jugando estaba a las tablas
por mayor placer tomar.
Cada vez que el moro pierde
bien perdía una cibdad;
cuando Moriana pierde
la mano le da a besar.
Del placer que el moro toma
adormescido se cae.
Tendió la vista a los montes,
caballero vió asomar.
Llorando viene y gimiendo
palabras de gran pesar:
—¡Arriba, canes, arriba,
que mala rabia os mate!;
en jueves matáis el puerco
y en viernes coméis la carne.
¡Ay, que hoy hace los siete años
que ando por aquestos valles,
trayendo los pies descalzos,
las uñas corriendo sangre,

(6) "Flor nueva de Romances viejos". M. PIDAL.

buscando triste a Moriana,
la hija del emperante!
Captiváronla los moros
la mañana de San Juan,
cogiendo rosas y flores
en las huertas de su padre.
Bien le conoce Moriana,
con alegría y pesar;
lágrimas de los sus ojos
en la faz del moro dan.

XLII

Romance de una morilla de bel catar (7).

Yo me era mora Moraima,
morilla de un bel catar;
cristiano vino a mi puerta,
cuitada por me engañar.
Hablóme en algarabía,
como aquel que la bien sabe:
—Abrasme las puertas, mora,
si Alá te guarde de mal.
—¿Cómo te abriré, mezquina
que no sé quién te serás?
—Yo soy el moro Mazote,
hermano de la tu madre,
que un cristiano dejo muerto,
tras mí venía el alcalde;

(7) "Flor nueva de Romances viejos". M. PIDAL.

si no me abres tú, mi vida,
aquí me verás matar.
Cuando esto oí, cuitada,
commencéme a levantar;
vistiérame una almeja,
no hallando mi brial;
fuérame para la puerta
y abrila de par en par.

INDICE

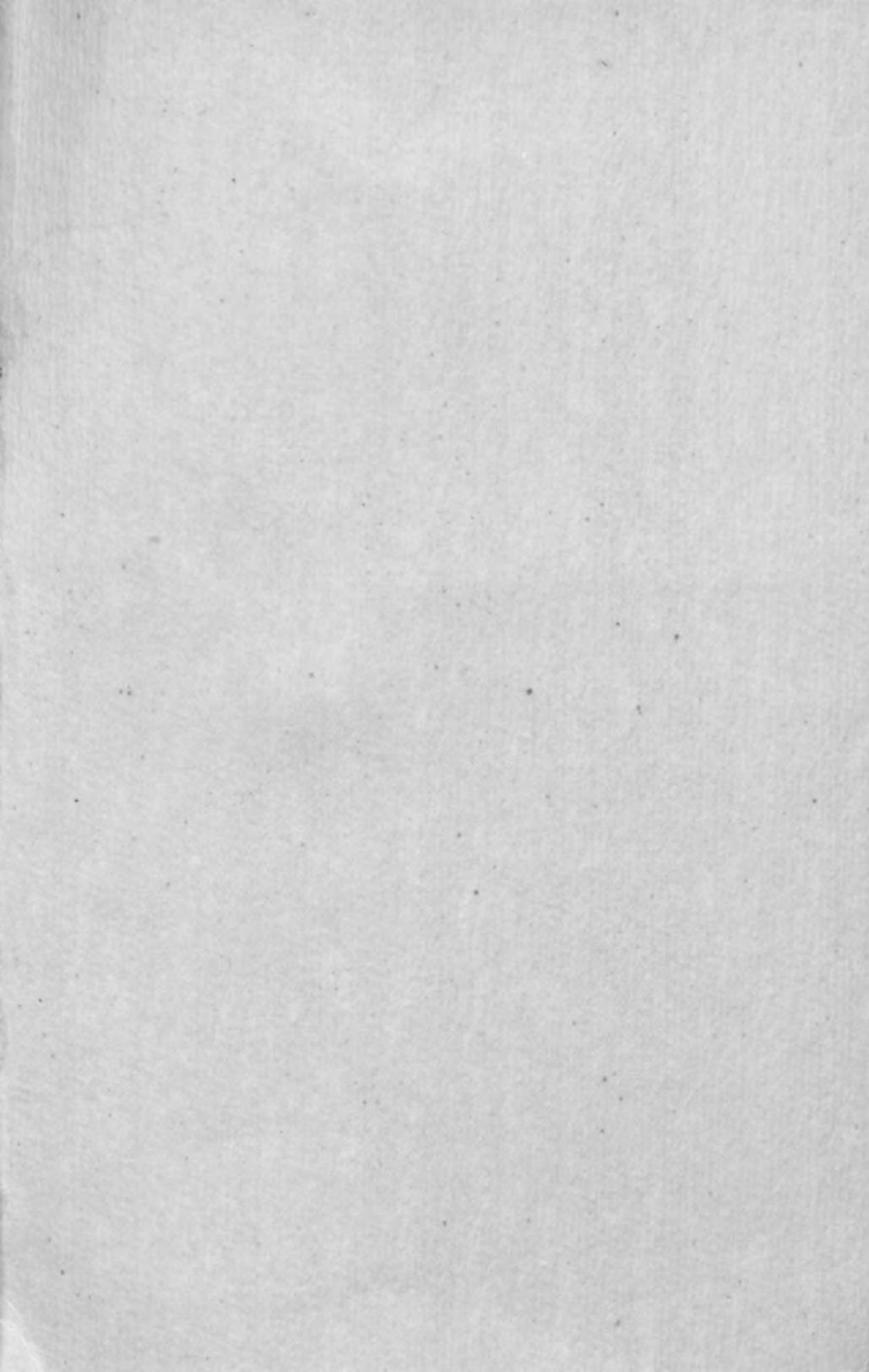
HISTORIA DEL ABENCERRAJE Y DE LA HERMOSA JARIFA

	Págs.
NOTA AL LECTOR... ..	5
HISTORIA DEL ABENCERRAJE... ..	7

ROMANCES FRONTERIZOS

NOTA AL LECTOR... ..	39
I.—Romance del Asalto de Baeza	
“Moriscos, los mis moriscos... ..	43
II.—Al mismo asunto	
“Moriscos, los mis moriscos... ..	44
III.—Romance de Reduán	
“—Reduán, bien se te acuerda... ..	45
IV.—De Fernandarias	
“—¡Buen alcaide de Cañete... ..	46
V.—Romance de la venganza de Fernandarias	
“—¡Buen alcaide de Cañete... ..	48
VI.—Romance de Antequera	
“De Antequera partió el moro	50

XXXIV.—De D. Manuel Ponce de León	
"—¿Cuál será aquel caballero... ..	115
XXXV.—Romance de don Alonso de Aguilar	
"Estando el rey don Fernando... ..	117
XXXVI.—Al mismo asunto	
"Estando el rey don Fernando... ..	122
XXXVII.—Romance de Sayavedra	
"¡Río-Verde, Río-Verde... ..	125
XXXVIII.—Al mismo asunto	
"¡Río-Verde, Río-Verde... ..	128
XXXIX.—Al mismo asunto	
"¡Río-Verde, Río-Verde... ..	130
XL.—La toma de Galera	
"Mastredajes, marineros... ..	132
XLI.—Mariana cautiva	
"Mariana en un castillo... ..	135
XLII.—Romance de una morilla de bel catar	
"Yo me era mora Moraima... ..	136





Preço: 2,50 Pts.

**CLÁSICO
AMENO**

IX

HISTORIA DE
ABENCERRAJE
Y DE
LA HERMOSA
JARIFA

y

ROMANCES
FRONTERIZOS



G 58880